



Revista Mexicana de Ciencias Políticas y
Sociales

ISSN: 0185-1918

articulo_revmpys@mail.politicas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México
México

Manzanos Bilbao, Cèsar

Las ciencias sociales: convergencias disciplinarias y conocimiento de fronteras. El caso de la
sociología

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, vol. XLV, núm. 186, septiembre-diciembre, 2002,
pp. 13-65

Universidad Nacional Autónoma de México
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42118602>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las ciencias sociales: convergencias disciplinarias y conocimiento de fronteras. El caso de la sociología

CÉSAR MANZANOS BILBAO*

Resumen

En este artículo el autor aborda los criterios que otorgan validez a la realidad social, mismos que constituyen uno de los núcleos del debate epistemológico contemporáneo de la sociología. A lo largo de su trabajo, el autor se plantea las siguientes preguntas, las cuales se tornan el eje de su reflexión: ¿quiénes construyen la realidad social?; ¿cuáles son las definiciones dominantes?; ¿cómo se materializan, universalizan y moldean las definiciones elevadas al rango de científicas y las formas de organización e interacción social establecidas y normalizadas? Al contrastar los puntos de vista de diversos autores y de una sólida argumentación, el autor da cuenta de nuevas claves estructurales que podrían orientar a los futuros modelos de organización en el ámbito de las transformaciones sociales mediante novedosas formas de consenso.

Abstract

This article discusses the main criteria, which validate social reality, those constituting the centre of the epistemological debate in Sociology. The axis of reflection revolves around the following questions: Who constructs social reality? What are the dominant definitions? How are definitions ranked as scientific shaped, materialised and universalised and how are the forms of social organisation and interaction established and normalised? It reviews and contrasts different points of view and it argues in favour of new structural clues that could orient future models of organisation in the area of social transformations through new forms of consensus.

Palabras Clave: pluralidad sociológica, multiparadigmatismo, universalismo sociológico, pluralidad cultural, sociología académica, gran teoría de la diversificación, perspectivas epistemológicas.

La pluralidad sociológica como fuente de las ciencias sociales

Actualmente, y desde hace más de dos décadas, se viene discutiendo reiteradamente en el ámbito de la filosofía de la ciencia y específicamente de las ciencias sociales y humanas, sobre la validez de los distintos presupuestos que se toman como punto de partida

* Universidad del País Vasco (E Uskal Herriko Unibertsitatea), Marques de Urquijo 4, Vitoria Alava, España 01006.

para definir la naturaleza y caracterizar la realidad, en nuestro caso la social.

En medio de estas controversias se dan muy diversas posturas que van desde el intento por parte de determinadas teorías sociológicas de legitimarse como el único paradigma válido, como marco fundamental de referencia, a partir de cuyo modelo epistemológico ha de edificarse la interpretación de la realidad, hasta las posturas más eclectistas y subjetivistas que plantean la validez de todos los modelos interpretativos, lo que a menudo elimina la posibilidad de contraste y verificación entre las teorías en liza y su capacidad para interpretar la realidad.

En un futuro continuarán los debates sobre los paradigmas sociológicos, en un clima de obligada aceptación de las ciencias sociales como ciencias multiparadigmáticas tal y como las designa M. García Ferrando, para quien:

Las propias variaciones de las relaciones sociales, su carácter enormemente plástico y cambiante, la gran capacidad de los seres humanos para adaptarse a nuevas situaciones, dificulta, si es que no impide totalmente, la persistencia de modelos conceptuales rígidos en la teoría sociológica.¹

Por ello, utilizamos aquí el concepto de pluralidad sociológica entendida como la necesidad de reivindicar las diversas formas del saber sociológico (incluso algunas de las consideradas no científicas) que se generan desde multitud de perspectivas teóricas y culturales superadoras del monopolio que determinados paradigmas han forjado en torno a la interpretación de la realidad y del caos interpretativo que surge de la imposibilidad de liberar a las ciencias sociales de su dependencia de los poderes e intereses que guían su evolución (tecnológicos, políticos, económicos, etc.).

Las ciencias sociales no poseen un único objeto y método de investigación. Podemos establecer ambos con base en el concepto de pluralidad sociológica, puesto que existen las sociologías y los métodos de investigación correspondientes a los diversos paradigmas in-

¹ M. García Ferrando, "La sociología: ¿una ciencia multiparadigmática?", en J. Jiménez Blanco y C. Moya, *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid, Tecnos, 1978, p. 461.

terpretativos, a las distintas áreas de investigación científica que comprenden las ciencias sociales e incluso, a la adecuación práctica entre las peculiaridades particulares de cada realidad social a investigar y las formulaciones de los objetos y métodos de investigación.

Lógicamente cada perspectiva epistemológica y metodológica de análisis en ciencias sociales, parten de una concepción del objeto y método, reconociendo algunas la posibilidad de que sean múltiples, y produciéndose además, perspectivas que han tratado de compatibilizar varias orientaciones (explicación/compreensión, comprensión/dialéctica...) desde diversos tipos de eclecticismo e intentos de síntesis.

Todo este movimiento de teorías e investigaciones ha producido una fuerte marejada en el mar de la sociología que hoy en día la hace caracterizarse por su carácter polémico, controvertido y plural.²

No existe, ni tiene por que existir, una linealidad en los diversos conceptos que se utilizan para definir determinados fenómenos sociales. Las distintas perspectivas teóricas definen con su propia terminología una misma realidad, siendo todas ellas válidas para enriquecer el “capital sociológico acumulado” de definiciones que nos ayudan a comprender nuestras sociedades infinitamente complejas en sus relaciones, cambiantes en su fenomenología y devenir histórico y, sobre todo, con un creciente dinamismo y tendencia permanente al cambio, cada vez más acelerado.

Así pues la pluralidad sociológica, es una pluralidad teórica y epistemológica, y surge de la existencia en la sociedad de diversas definiciones sociales en pugna que buscan erigirse en “la realidad”. La objetividad sociológica consiste en identificar, sistematizar y valorar a todas ellas. Sin embargo, la pluralidad sociológica desaparece cuando los agentes que tienen poder para imponer sus definiciones sociales de la realidad se adueñan de las ciencias sociales y elevan sus definiciones a la categoría del saber científico, desterrando las demás definiciones de lo social y etiquetándolas como saber no científico (popular, del sentido común, ideológico, etc.).

² Sobre la polémica que se da en el marco de la filosofía de las ciencias sociales. Véase el análisis de J. M. Mardones, “Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Nota histórica de una polémica incesante”, en *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 19 y ss.

La importancia que en la construcción de la ciencia tiene el poder de definir, la analiza con especial acierto y erudición M. Foucault, cuando, examinando las relaciones entre saber y poder, define los saberes sometidos como aquellas formas de conocimiento “descalificadas por considerarse por debajo del nivel de cientificidad requerido” y plantea la necesidad de la insurrección de los saberes, de una pluralidad sociológica en relación con las fuentes y la finalidad del saber frente a su creciente monopolización:

Y no tanto contra los contenidos, los métodos y los conceptos de una ciencia, sino contra los efectos de poder centralizadores dados a las instituciones y al funcionamiento de un discurso científico organizado dentro de una sociedad como la nuestra. Y en el fondo poco importa si toma cuerpo en una universidad o, de modo más general, en un aparato pedagógico, en una institución teórico-comercial como el psicoanálisis o en un aparato político con todas sus implicaciones como en el caso del marxismo: la genealogía debe conducir la lucha justamente contra los efectos de poder de un discurso considerado científico.³

Frecuentemente, cada una de las disciplinas de las ciencias humanas y sociales (economía, derecho, psicología, estadística, comunicación, lingüística, urbanismo, etc.) trata de configurar, en torno a sus ámbitos de definición, una cosmovisión particular del mundo social. En este empeño ha estado también la sociología en boga hasta los años cincuenta, que era una sociología dedicada al esfuerzo de reivindicarse a sí misma como ciencia con base en macroconceptos y al desarrollo de una terminología propia para conceptualizar la realidad.

Este es el gran esfuerzo que realizó T. Parsons, quien trató de construir el marco teórico-conceptual de la sociología “Como teórico, le interesaba reconstruir la sociología europea brindando una síntesis que eliminara las escuelas conflictivas que la habían dividi-

³ M. Foucault, *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*, Madrid, La Piqueta, 1992.

do”,⁴ llegando a tal grado de identificación entre su visión de la teoría sociológica y su análisis de la sociedad fundamentado en el concepto de sistema social hasta el punto de considerar que:

Si ha de trazarse para la teoría sociológica una esfera como esquema conceptual distintivo, ésta tendrá que ser o bien la teoría del sistema social como un todo, o bien algún aspecto especial de la teoría del sistema social.⁵

Como veremos más adelante, el empeño de confeccionar una gran teoría sociológica e indentificarla como la síntesis de la teoría sociológica es un intento reiterativo tanto de sus seguidores, como de otras teorías sociológicas con tendencias exclusivistas. No obstante hemos de reseñar que este intento fracasará ante la evidente existencia de diversas teorías sociológicas.

Dejando para más adelante la cuestión del pluralismo paradigmático, hemos de destacar, un segundo aspecto importante de la pluralidad sociológica, cuál es la referente a su relación con las demás ciencias sociales y humanas. En las dos últimas décadas comienza a desplegarse con gran fuerza una sociología de las corporaciones, es decir, de los grupos, instituciones, agregados sociales, como son el género, la familia, la empresa, los movimientos sociales, por citar algunas; así como una sociología de los campos (política del control, del delito, jurídica, de la comunicación, del lenguaje, del trabajo, del ocio, industrial, de la empresa, psicología social, etc.).

A partir de estas sociologías se reafirma y se revitaliza la sociología como visión global y plural, constituyéndose en un aporte metodológico y ontológico fundamental para, junto con la historia, aportar una perspectiva de análisis enriquecedora para el resto de las ciencias sociales y humanas.

La sociología de los campos, puede aportar una mayor riqueza conceptual tanto a la sociología como al resto de las ciencias sociales, y sobre todo, contribuir a una necesaria mayor adecuación entre el estado y proceso evolutivo de la realidad social, y los particulares objetos y términos con base en los cuales se expresa y comprende

⁴ En J. C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*, Barcelona, Gedisa, 1989, p. 26.

⁵ T. Parsons, *El sistema social*, Madrid, Alianza Universal, 1984, p. 503.

ésta, surgiendo nuevos conceptos más prácticos, con capacidad de aprehender tendencias y claves sociales particulares, frente a ciertas categorías terminológicas anteriores fundamentales en conceptos coyunturales con periodo de obsolescencia o en macroconceptos que aun siendo validos y clarificadores resultan en muchos casos excesivamente generalizadores para explicar realidades particulares. Así lo destacan F. Álvarez y J. Varela:

Los viejos programas de sociología aparecidos tras la Segunda Guerra Mundial —copia de manuales americanos estilo Parsons y articulados alrededor de macroconceptos: estructura social, cambio social, estratificación social— se derrumbaron frente al empuje de la sociología de las instituciones y la sociología de los campos.⁶

De este modo, comienzan a surgir los manuales y trabajos de sociología general aplicada a diversos campos de análisis, en los cuales se recogen las aportaciones teóricas y empíricas que la sociología ha realizado y puede realizar en un futuro en las áreas específicas de conocimiento y producción de cada una de las disciplinas, estableciendo ámbitos de análisis nuevos referentes a las relaciones existentes entre los distintos fenómenos que acontecen en sus particulares áreas de conocimiento (economía y política, psicología y lenguaje, derecho y comunicación de masas, etc.).

En este sentido la eliminación de visiones unidisciplinarias aquejadas de perspectivas de análisis reduccionistas, monolíticas y parciales, pasa por una necesaria contribución de la sociología: aportar una perspectiva amplia, caleidoscópica y globalizadora a las ciencias sociales, que elimine el idealismo pragmático con el que se construyen las grandes teorías que buscan constituirse en mapas para moldear y manipular la realidad social, extirpando, sin ningún respeto, la riqueza infinita de relaciones que emanan de los procesos de interacción social, así como la multiplicidad de interpretaciones a las que dan origen. Esta cuestión la tratamos en el siguiente epígrafe.

⁶ F. Álvarez-Uría y J. Varela, en el Prólogo a la obra M. Foucault, *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta, 1991, p. 13.

El universalismo sociológico frente a la tecnificación del saber

La definición de lo social y los objetos de estudio de las ciencias sociales se han tratado históricamente de limitar sobre todo por el modelo empírico-analítico dominante en las ciencias naturales y sociales (positivismo, funcionalismo), debido al constante empeño por reproducirse en el tiempo, negándose a aceptar el importante papel histórico que cumplió, y llevándonos irremisiblemente a la tecnificación y especialización del saber, lo cual, nos aboca a una concepción específica del objeto de conocimiento sociológico, concibiéndolo como algo residual y asociado a las esferas de estudio principales de otras ciencias sociales analíticas (utilizando la acepción terminológica de H. Lefebvre), principalmente la estadística, la economía, la política, el derecho, y cada vez más la comunicación.

Lo realmente preocupante de estas tentativas de monopolización del conocimiento por parte de estas ciencias particulares es su plasmación y alcance práctico en procesos estructurales y culturales presentes y futuros en nuestras sociedades, que llevan a la identificación y sustitución progresiva de la sociedad civil por el estado social que se hace omnipotente y omnipresente en todos los órdenes de la vida pública y privada, de las diversas formas sociales de vida por la impuesta desde los presupuestos de la economía política, o de la diversidad cultural existente en toda sociedad por una única "cultura" de masas uniforme y transnacional mediante la penetración de los sistemas de comunicación propios de la civilización audio-visual.

Frente a esta tendencia histórica penetrante y aniquiladora de lo social, un reto de la ciencia social contemporánea es criticar las propuestas reduccionistas y ser expresión de la totalidad, multiplicidad y diversidad interpretativa de todo fenómeno que se expresa en cualquier esfera específica del estudio de las relaciones humanas.

Las denominadas ciencias sociales analíticas, en su empeño por convertirse en universos simbólicos globales en la interpretación de lo social, tratan de definir la realidad a la medida de sus representaciones siempre parciales de la misma, descalifican a la sociología con la crítica que a continuación formulamos. Parten de una crítica hacia esta vocación universalista y sintética de la sociología, tachándola de *relativista*. Argumentan que sus análisis teóricos e investi-

gaciones empíricas, están sujetas a grandes variaciones en el espacio y en el tiempo, por lo cual, sus aspiraciones de abarcabilidad son la base de su fragilidad explicativa.

Pero esta crítica es extensible a todas las ciencias, puesto que un problema central de las mismas es la imposibilidad de generalizaciones abstractas y universales a no ser que establezcamos ciertos parámetros que nos permitan la contrastación empírica; como ya apuntó E. Durkheim, en *Las reglas del método sociológico* relativas a la observación de los hechos sociales,⁷ todo fenómeno se estudia en unas condiciones preestablecidas, y por tanto, en todo caso el relativismo es una limitación implícita a toda investigación científica. Por tanto, la sociología ha de perseverar en esta vocación universalista ideando instrumentos para salvar esta limitación metodológica consustancial a la investigación científica.

Para ello, una peculiaridad de la sociología, como ciencia social, es, y ha de ser, el estudio de lo que P. Sorokin, denominó *elementos comunes* que comparten las ciencias sociales,⁸ cuestión ésta que está en el origen de los estudios de los clásicos. Así las obras de M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y *Economía y sociedad*, o las de E. Durkheim, sobre el suicidio y la División social del trabajo, son claros ejemplos del objeto original de la sociología del ser lo que J. González denomina una ciencia social básica y general:

[...] la sociología sería a la vez, una ciencia social básica, consagrada a estudiar el comportamiento social regulado simbólicamente, y general, en cuanto realizaría una síntesis y sistematización de los descubrimientos de las demás ciencias sociales. Esta última tarea la capacitaría para proponer al hombre una visión comprensiva y totalizadora de la sociedad, basándose en las conclusiones de las ciencias sociales especiales.⁹

Desde este rechazo al vaciamiento de la riqueza sociológica, tanto desde fuera de ella (parcialización de lo social desde otras ciencias

⁷ E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Morata, 1974, pp. 59.

⁸ Véase P. Sorokin, *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Madrid, Aguilar, 1964.

⁹ J. González-Anleo, *Para comprender la sociología*, Navarra, Verbo divino, 1991, p. 39.

sociales), como desde dentro (monopolización de la pluralidad teórica por parte de determinadas teorías sociológicas), la vocación universalista de la sociología, como criterio general, ha de ir orientada en dos sentidos en el que hacer de la ciencia en su conjunto.

Hacia afuera de su ámbito de conocimiento, proporcionar a las demás áreas disciplinarias de la ciencia la capacidad de contextualizar sus procesos de producción y aplicación, así como las consecuencias que se derivan de su acción sobre la realidad.

Así por ejemplo, es fundamental la sociología jurídica, o lo que es lo mismo, el enfoque socio-jurídico en el estudio del derecho, para evitar la identificación reduccionista de legalidad con realidad, tratando de comprender la materialidad de las leyes mediante el análisis de los procesos y agentes que producen y aplican el derecho, de los efectos sociales que provocan el funcionamiento de los sistemas judiciales y de los condicionantes políticos, económicos o culturales que conforman el hecho jurídico.

Con este fin la sociología ha de dedicarse a generar espacios de conocimiento que suponen el replanteamiento permanente, de las funciones y disfunciones que la aplicación de los conocimientos científicos y técnicos provocan en las relaciones humanas, con el fin de generar un desarrollo científico y tecnológico que tenga en consideración los efectos sociales de su materialización.

Hacia el interior de sus ámbitos de estudio, en primer lugar, y continuando fiel a su tradición intelectual, la sociología ha de recoger las aportaciones del resto de las disciplinas científicas (economía, política, filosofía, antropología) para enriquecer sus definiciones de la realidad y dotarse de capacidad explicativa globalizante a partir de su ejercicio de explicación de la misma. En segundo término ha de profundizar en los mecanismos de contrastación entre sus diversos sistemas teóricos para producir nuevas sistematizaciones y síntesis, así como integrar las diversas perspectivas de análisis (estructura-acción, consenso-conflicto, micro-macro).¹⁰

Lo social se extingue y deshumaniza cuando es suplantado por las tendencias dominantes a eliminar la pluralidad ideológica y prácti-

¹⁰ Sobre estos retos de la sociología contemporánea, véase “Desarrollos recientes en teoría sociológica: integración y síntesis”, en G. Ritzer, *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid, Mc Graw Hill, 1993, pp. 453 y ss.

ca, cuando el vertiginoso proceso de especialización técnica nos lleva a un tipo de desarrollo científico que reduce la naturaleza de los fenómenos a coordenadas estrictamente destinadas a moldear las dimensiones estructurales espaciales, demográficas, económicas, políticas y culturales según parámetros utilitaristas, inmediatistas y mecanicistas, sin otras perspectivas para alentarlos que el de fabricar definiciones y respuestas técnicamente sofisticadas a los problemas humanos.

Las crisis y polémicas que se desatan en el ámbito de las ciencias sociales emanan de una fuente común: la inabarcabilidad de lo social que constantemente desborda los parámetros de orden explicativo o material establecidos, reproduciéndose, como tumores inextirpables, infinitos nuevos procesos de desorden que socavan la lógica racional y hacen necesarias nuevas formas de exploración y organización social, nuevas claves de racionalidad para hacer posible un conocimiento científico de la realidad.

Este reto que representa una de las condiciones ineludibles en las que se desarrolla el quehacer sociológico y que por tanto, le afecta permanente y exponencialmente, es necesario para incentivar el desarrollo científico, es la veta inagotable que posibilita el conocimiento. En este sentido coincido con la apreciación de R. K. Merton, cuando nos plantea, desde una perspectiva abiertamente desdramatizadora, la crisis crónica de la sociología en particular y de las ciencias sociales en general, como algo consustancial a la misma:

Las grandes transformaciones sociales que están teniendo lugar en gran parte del mundo ponen delante de los sociólogos la inmensa tarea de investigarlas efectivamente [...] A medida que la sociedad acumula disfunciones sociales, se desarrolla una sensación más aguda entre los profesionales de las ciencias sociales de que el estado de sus conocimientos no se haya ni de lejos al nivel que requiere la situación [...] La demanda efectiva de soluciones para los problemas sociales excede con mucho la capacidad actual de los conocimientos sociológicos y los recursos actuales en mano de obra masculina y femenina.¹¹

¹¹ R. K. Merton, *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, pp. 136-138 y 141.

Si la sociología no descubre nuevas perspectivas y tendencias capaces de poner el dedo en la llaga de las claves que explican los procesos de complejificación estructural y de homogeneización cultural, corre el riesgo de convertirse en una ciencia social descriptiva y reiterativa, cuyo vaciamiento de contenido será directamente proporcional al desarrollo científico de otras ciencias sociales más experimentales y técnicas. Así nos lo recuerda con acierto A. Pérez-Agoté, “cuando los sociólogos muestran su malestar y hablan de crisis, en el fondo no plantean nuevos problemas para la sociología, sino que más bien, vuelven a abrir el debate sobre los ‘eternos’ problemas de nuestra disciplina”.¹²

No olvidemos además que en los últimos tiempos, dentro del proceso creciente de “apropiación científica de la realidad”, cada vez han cobrado un mayor impulso en su capacidad de definir y moldearla las ciencias experimentales y técnicas:

El progreso científico se acelera a través de múltiples vías: las que conducen al reconocimiento de espacios, las que garantizan el conocimiento de la materia en la pluralidad de sus elementos o partículas y en sus fuerzas más escondidas, las que conducen a la cada vez más incisiva exploración de la célula vida. Nada parece escaparse de la apropiación científica del mundo, de las cosas, de los seres, a este catastro minucioso de lo real.¹³

Efectivamente, el proceso histórico de construcción de los actuales modelos de orden que rigen la dinámica de la realidad se caracteriza por ser un proceso fundamentado en la creciente tecnificación del saber y de las prácticas sociales, tal y como apunta G. Balandier:

Pero el aspecto más significativo es la aparición de la *tecnoimaginación*, concomitante con la aparición de una tecnología que ha contribuido a la desaparición de los sistemas de pensamiento de forma tradicional. Conjugándose la técnica y lo imaginario, crean una variedad de singular potencia, ya que une la fuer-

¹² A. Pérez-Agoté, *La sociedad y lo social*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1989, p. 50.

¹³ G. Balandier *Modernidad y poder*, Madrid, Jucar Universidad, Madrid, 1988, p. 235.

za de las imágenes a la “magia” de las máquinas complejas, La informática es especialmente propicia a una tal elaboración, que puede ser empujada hasta convertirse en expresión de un mesianismo tecnotrónico, anunciador de la solución de los mayores problemas de este tiempo mediante la universalización de la sociedad informatizada.¹⁴

La producción de la realidad social supone complejos procesos de interacción entre sujetos históricos cuya posición estructural, y por lo tanto, capacidad de definir y materializar sus modelos de orden, es desigual. Desenmascarar estas imágenes y estrategias de visibilización es uno de los objetos de la sociología.

En conclusión, la sociología y las demás ciencias sociales, han de concebirse como el análisis de la realidad humana, comprometida en un proceso de superación de sus propias crisis, polémicas, ambivalencias y oposiciones. Existe una progresiva tendencia histórica hacia visiones reduccionistas y monoculares del objeto de la sociología y ésta es la principal epidemia que lleva a la muerte de lo social.

Esta tendencia es producto de muy diversos factores ya indicados, que todos ellos confluyen en el proceso de eliminación de la pluralidad cultural y creciente tecnificación del saber, constituyendo un peligro fundamental por que conducen al empobrecimiento de lo social y de la sociología.

Universalismo no quiere decir reivindicar un neomonismo sociológico con base en visiones totalizadoras. La sociología y la sociedad hemos de vacunarnos ante este reincidente intento de monopolio y apropiación del saber por las estructuras de poder, presente en la historia de la ciencia. La pluralidad sociológica debe de entenderse como la vocación que comparten las diversas visiones de la realidad social (funcionalista, estructuralista, fenomenológica, etnometodológica, crítica, etc.) de dar una explicación global a los fenómenos sociales.

Este multiparadigmatismo es el antídoto más eficaz para eliminar una de las enfermedades endémicas que afectan a nuestra ciencia, reduciendo su capacidad de análisis de la realidad: el intento por parte de alguna de ellas de constituirse en la visión central sobre

¹⁴ *Idem.*, p. 242.

la que ha de gravitar tanto la totalidad social como todas las definiciones científicas validables de la misma, lo cual, frecuentemente, les lleva a fabricar artificios racionales metateóricos.¹⁵

La problemática aquí expuesta nos remite a una serie de preguntas troncales que plantaremos en los siguientes epígrafes sobre la relación entre poder (real e imaginario) y realidad: ¿quiénes construyen la realidad social?, ¿cuáles son las definiciones dominantes sobre lo social que se imponen?, ¿cómo se instrumentalizan determinadas definiciones alternativas de orden por las prácticas dominantes?, ¿cómo materializan, universalizan y moldean las definiciones elevadas al rango de científicas las formas de organización e interacción social establecidas y normalizadas?

Multiparadigmatismo y pluralidad cultural frente al monopolio de las ciencias sociales

Ya nos hemos referido al reduccionismo que supone, desde un punto de vista epistemológico, la imposición de una ciencia social empírico-analítica de tradición positivista como el paradigma principal para la explicación y estudio de los fenómenos sociales, en un contexto de disputa científica, donde, si algo resulta patente es la existencia de varias epistemologías y teorías de las ciencias sociales. Desgraciadamente, tal y como expondremos más adelante, éstas establecen controvertidas y pugilánimes relaciones y no de comunicación mediante un proceso de diálogo fundamentado en el “contraste intersubjetivo”¹⁶ que garantice, tal y como propone K.R. Popper, la objetividad científica.

Lógicamente, si esta concepción se impone no es solamente por su gran capacidad explicativa o analítica, sino también por su poder de desarrollo fundamentado en elementos no científicos relacionados con la capacidad material de los sujetos que la sostienen y

¹⁵ Acercándonos a la obra de Th. W. Adorno, y otros *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973, podemos comprender los términos en los que se plantea este debate entre tendencias dominantes y críticas con respecto a los criterios de validación y de definición de lo social que confrontan a los diversos filósofos de las ciencias sociales como son K. R. Popper, Th.W. Adorno, J. Habermas, H. Albert o Dahrendorf R., inmersos en la llamada “disputa sobre el positivismo”.

¹⁶ K. R. Popper, *Lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1973, p. 44.

reproducen de perfeccionar e incrementar sus investigaciones, los ámbitos de definición de realidad que abarcan, así como las herramientas (métodos y técnicas) adecuadas para ello. Y lo que resulta más importante aun: su capacidad de absorber, con fines subsidiarios y complementarios a su aparato conceptual y metodológico central, las aportaciones teóricas y los métodos de investigación de las demás perspectivas.

Resultan extremadamente peligrosos para la pluralidad sociológica planteamientos supuestamente eclecticismos como los de R. Münch, cuando plantean utilizar una teoría como marco de referencia a partir de la cual, o dentro de la cual, sistematizar y sintetizar los demás enfoques teóricos y metodológicos, sobre todo, cuando esta teoría es el funcionalismo parsoniano que sin duda representa una de las principales teorías dominantes en sociología cuya vocación obsesiva ha sido constituirse en la teoría social.¹⁷

En este sentido coincido con el ya celebre diagnóstico de R. Merton, cuando nos previene en este sentido:

[...] la crisis crónica de la sociología, con su diversidad, rivalidad y choques entre doctrinas, parece preferible a la terapia propuesta a veces para resolver la crisis aguda, a saber, la prescripción de una sola perspectiva teórica que promete dar acceso total y exclusivo a la verdad sociológica.¹⁸

No puede analizarse la cuestión del monopolio de la legitimidad científica de la sociología por parte de ciertas teorías sociológicas, sin afrontar el problema de fondo: la génesis y función social que la sociología ha cumplido históricamente, y, en relación con ella, un aspecto clave que vertebra su comprensión es la relación entre poder y saber, presente en la preocupación de muy diversos pensadores sociales desde muchos puntos de vista.¹⁹

¹⁷ Véase R. Münch, Teoría parsoniana actual: en busca de una nueva síntesis”, en A. Giddens y otros, *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, pp. 155 y ss.

¹⁸ R. K. Merton, *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, op. cit., p. 141.

¹⁹ Así, este fenómeno se aborda, por ejemplo, por M. Weber, al analizar los “tipos de dominación” refiriéndose a la dominación racional fundamentada en la autoridad profesional desde la perspectiva del saber como fuente de poder (véase *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 170 y ss.). También desde la perspectiva de la influencia que el poder tiene en la capacidad de definir primero y objetivar después determinadas formas de relación social están los análisis de P. Berger y T. Luckmann, sobre la cuestión de la legiti-

Uno de los más destacados autores contemporáneos en el análisis de esta cuestión y difícilmente etiquetable dentro de una corriente de pensamiento es M. Foucault, quien plantea la necesidad de criticar el carácter disciplinario y autoritario de la sociedad, incluso, en relación con la ciencia. La ciencia, a su juicio, es considerada un tipo de conocimiento de primer orden, mientras que el resto de los tipos de conocimiento y formas de saber son definidos como no científicos, de rango jerárquico inferior y rechazados.

Además, la tecnología que se aplica a partir del conocimiento científico se emplea desde el poder, y a través de las distintas instituciones sociales, para disciplinar a las personas:

Ahora bien, lo que esa investigación político-jurídica, administrativa y criminal, religiosa y laica fue para las ciencias de la naturaleza, el análisis disciplinario lo ha sido para las ciencias del hombre. Estas ciencias con las que nuestra “humanidad” se encanta desde hace más de un siglo tienen su matriz técnica en la minucia reparona y aviesa de las disciplinas y de sus investigaciones.²⁰

La ciencia, a lo largo de la historia, ha estado vinculada a diversos universos filosóficos y teleológicos no científicos, a partir de cuyos postulados ha sido utilizada para asignar formas de definición y producción de realidad. La modernidad supuso una cierta secularización del saber, lo cual, no quiere decir que éste no se haya vinculado a nuevos universos de valores. En consecuencia, aunque podamos y debamos garantizar la objetividad en el proceso de investigación científica, suponiendo esto respetar las diversas prácticas de autonomía teórica o metodológica en el procedimiento (eliminar prenociones, juicios de valor, explicitar la intencionalidad, etc.), la aplicación de los conocimientos científicos en último término responden a criterios no científicos de tipo ético o ideológico que hemos de explicitar y neutralizar.

mación cuando analizan la sociedad como realidad objetiva (véase: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, pp. 120 y ss.). Pero es quizá M. Foucault, quien directamente encara la cuestión de la producción del saber como tecnología de poder (véase, por ejemplo, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza, 1984).

²⁰ M. Foucault, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1984, p. 288.

El tipo de producción científica ha venido mediatizado por referentes básicos de tipo ético y político, pero además, la aplicación de los conocimientos científicos mediante innovaciones tecnológicas también supone, y en mayor grado, opciones de valor, y a menudo, la intencionalidad de los agentes con poder para aplicar instrumentalmente esos conocimientos científicos, no coincide e incluso frecuentemente contradice la de los teóricos e investigadores científicos que los descubrieron.

Hasta tal punto esto es cierto, que se dan diversos tipos de paradoja tan impresionantes que harían a los propios pensadores dudar, siempre desde un punto de vista ético y político, sobre si mereció la pena su aportación científica, tras conocer la aplicación práctica posterior de su creación. ¿Quién le iba a decir a Marx que su análisis de la economía política sería una de las contribuciones fundamentales al perfeccionamiento del sistema capitalista? ¿Cómo hubiera reaccionado A. Einstein, si hubiera sospechado que la teoría de la relatividad sería una de las bases científicas fundamentales para hacer posible los terribles hechos acaecidos el seis de agosto de 1945?

Aunque sobre este particular asunto volvemos más adelante, aquí hemos de mantener una atenta sospecha metodológica frente a aquellos intentos de desvincular ciencia e ideología, o ciencia y poder, que han procedido históricamente de las ideologías en el poder y no de una actitud científica y racional, y por tanto, han satisfecho la necesidad del mismo de conocer la realidad para, posteriormente, moldearla en función de sus propios intereses. La sociología, desde ningún punto de vista, necesita de este tipo de desvinculación que lleva a la descalificación de las otras sociologías para llegar a una uniformidad teórica o metodológica impuesta.

En este sentido, las primeras teorías sociológicas, que duda cabe, surgieron a la luz de las ideas, o si se prefiere de la ideología Iluminista, tal y como apunta I. Zeitlin, “los hombres del Iluminismo [...] emprendieron la tarea de crear un mundo nuevo basado en la razón y la verdad”,²¹ y aunque no coincidamos con el autor (¿o con la interpretación que se ha hecho de su pensamiento?) en el extremo de que la teoría sociológica es un producto del Iluminismo, negar las

²¹ I. Zeitlin, I., *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982, p. 13.

influencias ideológicas iluministas en la génesis de las ciencias sociales sería simplemente un autoengaño.

Esta relación entre ética y ciencia, y entre ciencia y política ha sido una preocupación central en la obra de los más destacados autores en ciencias sociales. Un ejemplo de ello, es el lugar central que ocupan en la labor intelectual de M. Weber, recogida en diversos trabajos que posteriormente han dado pie a diversas disputas sobre la posibilidad de una ciencia libre de valores (éticos, políticos, etc.).²²

Por otro lado, no podemos olvidar que una característica axial de las ciencias sociales es el pluriparadigmatismo, subrayado por diversos teóricos de la ciencia, en el marco de uno de los principios de discusión articulado en torno a la controversia entre *monismo* y *pluralismo teórico*, en la cual han participado autores tanto en el ámbito de la filosofía como de la sociología de la ciencia, de entre los que destacan P.K. Feyerabend, T.S. Kuhn, I. Lakatos, A. Musgrave, K. Popper, T. Parsons o R. Merton, entre otros.²³

Sería muy extenso, y poco original exponer aquí los términos en los que se plantea la discusión, pero al menos, quisiera destacar la necesidad de enfocar los diversos planteamientos tanto monistas como pluralistas que defienden estos autores con una precaución metodológica importante.

Normalmente ningún autor defiende un monismo o un pluralismo extremos, pero en esta particular cuestión hemos de aplicar el principio weberiano de leer las consecuencias no intencionadas de la acción social, léase, las implicaciones instrumentales que en la praxis social tiene la defensa de un pluralismo por parte de pensadores cuya aportación científica se sitúa dentro de la cultura sociológica dominante. A veces, la defensa de un pluralismo teórico, pueda ser-

²² Véase las obras de M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Península, 1979; *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967. *Economía y sociedad*, op. cit.

²³ Las obras más destacadas de estos autores citados donde se recogen sus postulados a este respecto son: P. K. Feyerabend, *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona, Ariel, 1987 y *Diálogo sobre el método*, Madrid, Cátedra, 1990; T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, FCE, 1975 y *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, Tecnos, 1978; I. Lakatos y A. Musgrave, *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona, Grijalbo, 1975 y I. Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza Editorial, 1983; K. Popper, *La Lógica de la Investigación Científica*, Madrid, Tecnos, 1977; T. Parsons, *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968; K. R. Merton, *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

vir en realidad para reforzar la imagen plural de un monismo real y así fortalecer el propio modelo paradigmático.

Este es, desde mi punto de vista, el trasfondo del planteamiento de autores claramente alineados en una órbita de pensamiento funcionalista cuando defienden “eclecticismos disciplinados” como remedio frente a un miedo, a mi entender carente de fundamentación, a que se produzca el caos y descrédito de la sociología.²⁴

La diversidad cultural es el recurso más importante para enriquecer la capacidad de las sociedades y de las ciencias sociales de regenerarse y transformarse, porque sólo del proceso de contrastación de valores y sistemas normativos surge la capacidad de convivencia, y sobre todo, la democratización del conocimiento evitándose así la verticalidad que supone la instauración de un saber elevado al rango de científico y fabricado al margen de la diversidad de saberes presentes en toda sociedad.

Sin embargo, existe sin ningún género de dudas una cultura sociológica dominante cuyo poder de definición de la objetividad es muy superior al del resto de las diversas perspectivas teóricas. Esta cultura sociológica frecuentemente define en qué consiste el saber científico en materia sociológica.

No resulta casual este desarrollo desigual en la teorización e investigación. Responde a los propios intereses y perspectivas de los agentes sociales que definen la realidad (financian la investigación, interpretan desde el saber científico, producen materialmente) y cuya definición de la misma viene mediatizada por su intencionalidad y posición con respecto a la misma, que es, en definitiva, lo que provoca su propia forma de construirla imprimiendo un talante particular tanto a la cultura sociológica formal, como al carácter de las estructuras que tratan de moldear la sociedad.

Las vicisitudes que atravesaron el funcionalismo y el marxismo, como modelos paradigmáticos dominantes con vocación de ser la ciencia social única, y como modelos teóricos explicativos de la realidad que han tenido una gran relevancia en los modelos socio-económicos reales de organización social, y en definitiva, la quiebra

²⁴ Sirva como ejemplo el planteamiento que hace R. K. Merton, cuando defiende la pluralidad paradigmática en su “análisis estructural de la sociología”, en *Ambivalencia sociológica*, *op. cit.*, pp. 155-170.

del “monismo dualista” predominante en la sociología a mediados del presente siglo, ha tenido desiguales resultados.²⁵

Por un lado, no les ha privado de reproducir un permanente proceso de reafirmación a pesar de sus dificultades para imponerse, buscando en las otras perspectivas y en el retorno a las fuentes, una reformulación y reactualización de sus postulados fundamentada siempre con la misma vocación monista. Por otro lado, ha conducido a la diversificación y mezcla de los paradigmas que sustentaban esta cultura sociológica dominante de hace apenas dos décadas, generando lo que E. Lamo de Espinosa denomina el paso del “consenso dividido”, al “disenso plural”:

Todo ello ha desaparecido para siempre (y sin duda para bien de la propia ciencia social) de modo que la vieja situación de la sociología, el consenso escindido y polarizado en dos campos ha dado lugar a un disenso plural y multiforme, en el que los cismas en el campo teórico son numerosos, superpuestos y desagregados, pero, por ello mismo, menos profundos y absolutos. Los tiempos actuales no son tiempos de ortodoxia, sino de eclecticismo.²⁶

No obstante, existe un problema de mayor envergadura que el peligro de diseminación ecléctica. Este es el de la sociología en singular, como producto histórico de un tipo de etnocentrismo que acecha a la ciencia a la hora de validar los modelos teóricos explicativos y de organización social: considerar que la cultura, el saber y la civilización occidental (sobre todo noreuropea y norteamericana) es la única y universalmente válida. En este tipo de etnocentrismo se han fundamentado todos los procesos de imposición y penetración cultural que han llevado a la eliminación de otras culturas y de otros tipos de saber etiquetados como no científicos.

Un buen antídoto para desterrar el sociocentrismo a la hora de elaborar una cosmovisión del mundo, es considerar lo social como una

²⁵ Hasta ahora nos hemos referido tan sólo al funcionalismo estructuralista a la hora de criticar la vocación monista de determinadas teorías sociológicas, pero esta vocación ha estado también presente en el marxismo, cuando se ha definido al materialismo histórico como la ciencia de historia y la sociedad.

²⁶ E. Lamo de Espinosa, *La sociedad reflexiva*, *op. cit.*, pp. 4-5.

dimensión de lo humano, del mismo modo que lo es la dimensión biológica, psicológica, racional o sentimental.

Pero esta perspectiva nos sumerge asimismo en un antropocentrismo, por lo cual, parece necesario referir los contenidos y el sentido de las ciencias sociales y humanas a universos filosóficos que se derivan de visiones ontológicas y teleológicas múltiples presentes en las diversas culturas mundiales que articulan formas de conocimiento y saberes muy diversos.

Este sería un nuevo enfoque que pondría en cuestión muchos de los paradigmas y supuestos epistemológicos establecidos y que en la actualidad se sale del alcance de la sociología. Quizás la antropología y la perspectiva etnometodológica, si no hubieran estado concebidas desde un punto de vista metodológico, como herramientas para el estudio de las otras culturas y civilizaciones por parte de la occidental, podrían haber contribuido de manera decisiva a este esfuerzo.

Por el contrario, la reflexión sobre lo social y lo humano en nuestro contexto cultural sigue estando circunscrita al socio y antropocentrismos característicos de la cosmovisión particular del mundo occidental, y dentro de él, de la producción histórica del citado saber científico dominante.²⁷

Los actuales intentos de síntesis, híbridos, simbiosis y demás constataciones de la disgregación e intentos de reformulación a partir de los paradigmas básicos en las ciencias sociales (explicativo, comprensivo y dialéctico) pueden ser un síntoma de la falta de nuevos paradigmas con capacidad de aprehender las nuevas realidades sociales en su conjunto.

Por lo demás, las diferentes perspectivas teóricas de pensamiento social comparten preocupaciones comunes en cuando al abordaje de las cuestiones claves para el análisis de la realidad social y tal como apunta A. Giddens, “la aparente explosión de versiones rivales de la teoría social oculta una mayor coherencia e integración entre estos puntos de vista divergentes de lo que puede parecer a primera vista”.²⁸

²⁷ Un análisis sobre los efectos que el tipo de etnocentrismo occidental ha tenido en la eliminación de la diversidad cultural y de saberes aparece en la interesante obra de R. Garaudy, *Diálogo de civilizaciones*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1977.

²⁸ A. Giddens, J. Turner y otros, *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, p. 13.

La particular visión de la realidad social de cada perspectiva teórica no siempre implica la concurrencia de definiciones contrapuestas sobre la naturaleza de determinados acontecimientos sociales, sino que a menudo, unas afrontan aspectos y puntos de vista que otras no lo hacen, y por tanto, todas ellas son aportaciones al enriquecimiento de las ciencias sociales.

Desde esta perspectiva, resulta obligado recurrir a una visión histórica del proceso de obtención del saber científico formal en materia sociológica para conocer el capital teórico y aplicado reunido hasta la fecha, y poder así explorar desde la historia de las ciencias sociales, las aportaciones teóricas al conocimiento y producción de lo social. Así lo hacen N. J. Smelser y R. W. Warner, en su análisis histórico y formal de la teoría sociológica:

Las teorías que hemos considerado, han alcanzado importancia histórica por que cada una constituía una formulación nueva, creadora o potente de las relaciones entre variables sociológicas básicas, y también por que cada una de ellas, según una orientación diferente, se dirigía a un conjunto especialmente crítico de cuestiones sociales y políticas.²⁹

Esta cuestión la tratamos en el siguiente apartado.

La sociología académica: producto de la sociedad moderna

La reflexión de la sociedad sobre si misma protagonizada por pensadores y sujetos sociales, es una constante que se da a lo largo de toda la historia social y del pensamiento.³⁰ Ahora bien, las condiciones sociales e intelectuales que hacen posible el desarrollo de un

²⁹ N. J. Smelser y R. W. Warner, *Teoría sociológica. Análisis histórico y formal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 313.

³⁰ Existen, dentro de la reflexión sociológica, autores que han situado los orígenes de la sociología remontándose hasta el pensamiento griego. Independientemente de estar o no de acuerdo con ellos, sus planteamientos han servido de un modo brillante para sistematizar el pensamiento social anterior a la sociedad moderna dentro de la tradición cultural occidental (filosófica, política, religiosa, etc.). Véase, por ejemplo H. Schoeck, *Historia de la Sociología*, Barcelona, Herder, 1977.

pensamiento específico de la sociedad sobre si misma, y por tanto autorreflexivo, desde un punto de vista científico, son las que concurren en el momento de la emergencia y consolidación de la sociedad moderna.

La generalización del sistema de producción mercantilista y su progresiva transformación en un modelo capitalista, las revoluciones industriales, políticas y urbanas impulsadas por la burguesía que se va asentando como clase social hegemónica, el asentamiento del Estado moderno como Estado-nación, el surgimiento del socialismo y el impulso cualitativo que cobra el desarrollo de la ciencia moderna, a partir de las ciencias naturales, transforman la visión del mundo y la realidad social.

Las ciencias sociales y humanas surgen a finales del siglo XVII y principios del XIX, cuando se ha operado la Gran transformación global en todos los ámbitos de las relaciones sociales (económicas, políticas, culturales), que dio origen a las sociedades modernas, sin cuya comprensión no podemos entender la génesis de las ciencias sociales, así como el trascendental papel histórico que van a desempeñar a partir de este momento y hasta nuestros días. A juicio de A. Giddens “La sociología tiene sus comienzos en los intentos de ciertos pensadores de entender el impacto inicial de las transformaciones que acompañaron a la industrialización en Occidente, y sigue siendo la disciplina básica que se ocupa del análisis de su naturaleza”.³¹

Comienza a desarrollarse un pensamiento social primero en Europa (Francia, Alemania, Inglaterra, Italia) y luego en Estados Unidos, protagonizado por científicos, investigadores e intelectuales que abordan los fenómenos sociales como fenómenos “en si” (hechos, acciones...) sin partir, o mejor dicho, derivar el estudio de las realidades sociales del análisis particular que se desarrollaba en ámbitos como la filosofía o las ciencias naturales.

Esta es la época en la que “el conocimiento y producción de lo social” se eleva al rango de “saber científico”, entendido éste como el proceso de institucionalización de ciertos ámbitos de conocimiento y procedimientos metodológicos que constituyen desde un punto de vista epistemológico, teórico y tecnológico la sociología como disciplina científica.

³¹ A. Giddens, *Sociología*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 46.

Lógicamente este proceso no lo podemos desligar, al igual que el propio surgimiento de las ciencias sociales y humanas, del gran impulso que toman las ciencias naturales, sobre todo desde el punto de vista de las innovaciones tecnológicas que son uno de los motores fundamentales de la nueva sociedad, lo que hace que, en un primer momento, las primeras tomen de las segundas los más importantes referentes teóricos y metodológicos, hasta el momento en que las ciencias sociales, mediante la recuperación del sujeto como categoría objetual se van emancipando: “Sólo desde la recuperación de la categoría de Sujeto como categoría científico-física es posible fundamentar la autonomía lógica y metodológica de las Ciencias Sociales frente a las Ciencias Naturales”.³²

La discusión sobre los orígenes y evolución de la sociología

No es el propósito de estas notas exponer los diversos planteamientos sobre el proceso histórico que dio origen a la sociología, así como los factores sociales e intelectuales que han condicionado su complejo desarrollo. Pero nos vemos en la obligación de apuntar algunas de las cuestiones básicas a tener en cuenta sobre las coordenadas que circunscriben los marcos interpretativos utilizados históricamente por la sociología, con el fin de poder llegar a delimitar los ejes transversales en los que podemos apoyarnos para comprender el peculiar tipo de desarrollo científico de la sociología.

Para ello, vamos a exponer algunos de los criterios básicos que dentro de la disciplina se establecen para acotar y expandir a la vez lo que ha sido el espacio y los materiales para la construcción histórica de la sociología. A continuación recapitulamos las aportaciones de algunos de los más destacados análisis que sobre esta cuestión se han realizado y, a partir de ellos, nos posicionaremos sobre las opciones que consideramos más importantes para conocer los parámetros fundamentales que nos ayudan a comprender el surgimiento y evolución de la sociología:³³

³² C. Moya, “Argumentos para otra ciencia social”, en J. J. Jiménez Blanco, C. Moya y otros, *Teoría Sociológica Contemporánea*, op. cit., p. 504.

³³ Existen diversas investigaciones que nos ayudan a comprender tanto la discusión sobre los orígenes de la sociología, como los factores históricos que incidieron en su aparición como ciencia moderna. Tres de las obras más clarificadoras son R. Nisbert, *La formación del pensamiento sociológico* (2 volúmenes), Buenos Aires, Amorrortu, 1966; S. del Campo, *Tratado de*

1. La naturaleza dinámica y acumulativa de lo social, lleva a exponenciales procesos de complejificación que traen consigo la presencia permanente de situaciones y hechos sociales nuevos que requieren un replanteamiento de los modelos explicativos existentes y la introducción de nuevas teorías.

2. Desde el momento en que surge la sociología, los planteamientos interpretativos sobre las características de la sociedad moderna son muy plurales, estableciéndose una polémica constante entre la diversidad de teorías, lo cual hace que una característica intrínseca al tipo de pensamiento sociológico sea la crítica mutua entre ellas.

3. La comprensión de las diversas perspectivas teóricas no se entiende sin comprender los referentes teóricos de los que parten sus críticas a las corrientes y pensadores anteriores, a partir de las cuales elaboran sus planteamientos.

4. La vocación histórica de la sociología de institucionalizarse constituyéndose en una disciplina desde el punto de vista científico y académico, consiguiendo el reconocimiento social y un lugar en la “organización social de la actividad científica”, constituye un importante condicionamiento que influye progresivamente con mayor intensidad en su naturaleza, y trae consigo, entre otras consecuencias, las luchas por el poder dentro de su comunidad científica.

5. La génesis de la sociología no puede establecerse sin el surgimiento del modo de pensar sociológico, es decir, sin un cierto endocentrismo científico, caracterizado por la toma de conciencia de que el tipo de reflexión y de producción de las pautas distintivas de lo social se hace desde su construcción sociológica, con unos parámetros teóricos y métodos específicos de investigación. Este modo de pensar sociológico es el característico de la ciencia moderna.

6. Es un error buscar una determinada teoría, circunstancia histórica o fundador de la sociología con el fin de determinar el origen de la misma. Esta cuestión no aporta ninguna contribución original a la misma y plantea diversos problemas que constriñen su identidad multiteórica como ciencia plural.

7. Los diversos científicos sociales, desde el momento en que emerge la sociología no pretenden un tipo de saber especulativo,

sociología (2 volúmenes), Madrid, Taurus, 1985; E. Shils, *Génesis de la sociología contemporánea*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1971.

sino que su intención es básicamente aplicada, es decir, buscan conocimientos científicos útiles para organizar, gestionar o moldear la sociedad.

8. Los factores históricos que posibilitaron el denominado modo de pensar sociológico fueron: por un lado, la Revolución Industrial que introduce una racionalidad en los procesos de organización y producción económica guiada por la búsqueda del beneficio individual mediante la innovación y aplicación tecnológica. Trajo consigo la aparición de las grandes masas de obreros industriales concentrados en nuevos espacios urbanos, así como un aumento global de la diferenciación entre riqueza y pobreza sin precedentes históricos. Además, otro factor asociado de trascendental relevancia histórica fueron las revoluciones políticas impulsadas por el auge de las ideas democráticas y liberales que traen consigo la emergencia y consolidación de los Estados nacionales como modelo de organización básico de las sociedades occidentales.

9. Los factores intelectuales que posibilitaron el modo de pensar sociológico vienen íntimamente unidos a los históricos puesto que los primeros son su contexto social real. Entre ellos destacan la convulsión que supone el desarrollo de las ciencias naturales aplicadas a los procesos económicos unido a la nueva cultura científica que se instaura con el modo de pensar Ilustrado. Por otro lado, las consecuencias sociales del modelo de sociedad industrial fundamentado en parámetros de desigualdad y explotación fueron el caldo de cultivo del pensamiento socialista.

10. Estos factores históricos e intelectuales dieron origen a las primeras generaciones de sociólogos y tipos de sociología, todas ellas de finales del siglo XVIII y/o mediados del XIX, de entre las que podemos destacar el positivismo sociológico de A. Comte y C. H. Saint-Simon, el darwinismo social de H. Spencer, el pensamiento socialista de K. Marx y F. Engels, al pensamiento liberal de A. Smith, y al pensamiento especialmente revelador de A. Tocqueville, quien por cierto ha sido descubierto como precursor hace apenas tres décadas.

11. Posteriormente, desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX, acontecen nuevamente diversos cambios históricos y concurren factores intelectuales que influyen decisivamente en las teorías sociológicas. Transformaciones que tienen que ver con dos elementos claves: por una parte, con los procesos de generalización del

modelo de sociedad industrial en los diversos países de Europa y Norteamérica. Por otra, con la existencia de una tradición intelectual tanto en materia sociológica, como de otras ciencias sociales afines, sobre todo en ciencia económica y ciencia política (esta última con una trayectoria mucho más larga). Esta tradición intelectual, permitió que a partir de la crítica a las primeras sociologías por parte de las nuevas generaciones de sociólogos, se crearan nuevas teorías a partir de los correspondientes procesos de reelaboración e innovación crítica (ruptura con el positivismo, debate con el marxismo, etcétera).

12. Así, en estas segundas generaciones, y a medida que se desarrollan las ciencias sociales y humanas, aparecen en el escenario intelectual multitud de pensadores sociales y corriente sociológicas. Entre los más destacados de esta época, podemos citar a E. Durkheim, M. Weber, G. Simmel, W. Pareto, en el contexto europeo, y a R. Park, H. Cooley Ch, G. H. Mead, en el norteamericano.

Todo el proceso de sistematización teórica, de inclusión unas veces y abandono otras de elementos conceptuales y categorías analíticas entre autores y escuelas, va generando un panorama tremendamente rico para el crecimiento y profundidad del análisis social.

Con el fin de completar este cuadro sobre la evolución del pensamiento sociológico desde mediados de siglo, hasta la actualidad, conviene apuntar las grandes líneas de pensamiento que se perfilan a partir del proceso de maduración de la sociología, en el contexto de lo que propiamente se denomina la sociología contemporánea.

Las corrientes contemporáneas: de la Gran Teoría a la diversificación

Cualquier clasificación que establezcamos para explicar ordenadamente las diversas líneas de pensamiento que se perfilan en la sociología a partir de la Segunda Guerra Mundial y se desarrollan en estos últimos cincuenta años del milenio, va a presentar limitaciones sustanciales. Y ello es debido a diversos motivos. De entre ellos, podemos destacar:

— La confluencia en un mismo autor de diversos elementos entremezclados de varias líneas de pensamiento.

— La dificultad de discernir en un mismo autor o escuela los elementos filosóficos, sociológicos o particulares de otras ciencias para situar su aportación en el ámbito del análisis de la realidad social.

— La identificación de algunas escuelas en función de conceptos analíticos que no son de autocalificación, sino calificados externamente por los historiadores de la sociología.

El interesante e importante trabajo imprescindible para incrementar la capacidad analítica de nuestra disciplina de mostrar, de un modo elaborado, las grandes escuelas que se perfilan a partir del desarrollo contemporáneo de las teorías sociológicas ha sido efectuado de manera brillante por diversos autores en gran variedad de obras que aparecerán citadas en el capítulo correspondiente de esta memoria docente.³⁴

Lo que vamos a hacer aquí es delinear el panorama de los pilares vertebrales que han guiado la discusión sociológica contemporánea dando lugar al presente escenario caracterizado por la gran dispersión de perspectivas entremezcladas que son un indicador de cierta turbación social y enredo interpretativo.

1. En la década de los años treinta, el más destacado representante del funcionalismo estructuralista norteamericano, T. Parsons, escribe su primera obra.³⁵ Será el representante del dominio que esta corriente sociológica tuvo en el periodo de postguerra, caracterizado por el intento de articular el pensamiento sociológico en una Gran Teoría de corte macrosociológica, estructuralista, consensual e integradora, únicamente contrarrestada por el marxismo y en abierta in-comunicación con él.³⁶

2. Desde finales de los años cincuenta, y sobre todo en las dos décadas siguientes, se desarrollan multitud de corrientes nuevas dentro del funcionalismo estructural y sobre todo fuera del mismo, todas ellas con el denominador común de la crítica a T. Parsons, en su intento de monopolizar la teoría social. Estas teorías sociológicas se caracterizarán por dos rasgos aparentemente contrapuestos: el pri-

³⁴ No obstante, sobre ésta particular cuestión, podemos citar, por ejemplo, el interesantísimo esfuerzo de sistematización realizado por G. Ritzer, en su obra *Teoría Sociológica Contemporánea*, *op. cit.*

³⁵ Publicada en 1937 y titulada *The Structure of Social Action* (Free Press, Nueva York).

³⁶ Así lo destaca J. J. Jiménez Blanco, en "El último Parsons (una revisión crítica)", en *Sociología contemporánea, ocho temas a debate*, Madrid, CIS, 1984, p. 194.

mero, ser de muy diverso signo teórico, lo que les hará llegar a establecer su propia tradición, el segundo, su carácter híbrido, en el sentido de tomar bases referenciales en los clásicos, así como elementos de otras teorías.

3. Estas perspectivas son el pensamiento funcional estructuralista postparsoniano de R. K. Merton, y su variante de teorías del conflicto de R. Dahrendorf y L. Coser, las teorías interaccionistas, fenomenológica y etnometodológicas con destacados autores como H. Blumer, A. Schutz o E. Goffman, la sociología radical de C. W. Mills, las teorías sociológicas conductistas y del intercambio de G. C. Homans, y del estructuralista C. Lévi-Straus y las teorías neomarxistas y marxistas estructuralistas de Luckacs, A. Gramsci, T. Adorno, M. Horkheimer, L. Althusser o N. Poulantzas, entre otros.

Existen además, otra suerte de perspectivas de pensamiento social más plurales y difíciles de etiquetar por las dificultades antes apuntadas: las teorías sociológicas feministas encuadrables muchas de ellas en las otras escuelas, la sociología existencial con un cargado tinte filosófico, por citar algunas.

Toda esta pluralidad existente tanto entre escuelas como en el interior de las mismas, que hemos valorado como enriquecedora, lógicamente acarrea una serie de importantes desafíos al dibujarnos un panorama además de variopinto, caracterizado por la controversia y la difuminación teórica, donde no quedan claros los límites y fronteras de cada teoría, su ubicación en una u otra disciplina de las ciencias sociales y humanas, así como las diferencias entre lo sustancial de las mismas y los aspectos complementarios.

Situación actual y perspectivas futuras: intentos de síntesis y necesidad de diálogo

Ciertamente, frente a esta pluralidad de teorías, parece ser que el futuro de la sociología requiere iniciativas que eviten un proceso degenerativo de caos interpretativo o como muchos han venido a denominar de eclecticismo radical. Con la intención de acabar con esta confrontación beligerante entre escuelas, han surgido a lo largo de las dos últimas décadas, teóricos sociales que han tratado de formular lo que uno de ellos, desde su perspectiva de análisis multi-

dimensional, denomina “teoría sintética que incorpore las teorías parciales del presente”.³⁷

La necesidad de reconstrucción teórica de la sociología es la preocupación y el denominador común de los autores de esta “nueva generación”, de entre los que podemos destacar varios de los ya citados como son el propio J. Alexander, A. Giddens, R. Collins, G. Ritzer, J. Coleman, P. Bordieu o J. Habermas. Este esfuerzo lo realizan a partir de una lectura transversal de los dilemas categóricos con los cuales se ha encontrado la sociología, que son fundamentalmente la relación entre micro-macro, consenso-conflicto, acción-estructura, objetivismo-subjetivismo.

Todos ellos parten de un concepto de la sociología como ciencia pluriparadigmática, y recurren a una triple reinterpretación: de los autores clásicos, de los pioneros de sus respectivas perspectivas teóricas, y de las aportaciones de ciertos autores contemporáneos.³⁸

A mi entender, este sugerente esfuerzo puede resultar estéril, o cuando menos, una reelaboración conceptual más o menos aliñada sin repercusiones prácticas importantes, si no tiene capacidad de partir del sustrato material constitutivo de lo social: los procesos de cambio que las sociedades están experimentando en los últimos tiempos. Por ello, los análisis más fecundos de los anteriores autores, a efectos de dotar a la sociología de una renovada capacidad interpretativa y prospectiva, son aquellos que teorizan sobre las claves centrales para comprender las nuevas realidades sociales.³⁹

No podemos olvidar, que las ciencias sociales han de ser una permanente contribución a la transformación de la sociedad. Este es uno de sus principales objetivos, motivo de su génesis y motor de su evolución. Los sujetos sociales tendemos a una dinámica de reproducción de los modelos organizativos y procesos de evolución

³⁷ Véase J. C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., p. 296.

³⁸ Un trabajo de compilación en este intento de reestructurar las ciencias sociales a partir de la interpretación de ciertos autores de la filosofía social contemporánea es el realizado por Q. Skinner, *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, Alianza Universal, 1988.

³⁹ En este sentido considero importante destacar aportaciones fundamentales que algunos autores han realizado para aprehender las claves interpretativas aplicables al análisis social de los nuevos fenómenos sociales, como es, por ejemplo, la obra de I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial* (2 volúmenes), Madrid, Siglo XXI, 1974.

en función de parámetros autoconservadores. Sin revoluciones científicas y culturales, entendidas como la transformación en las formas asentadas de concebir la realidad, no hubiera sido posible el desencadenamiento de las revoluciones económicas y políticas que dieron origen a nuestra modernidad. De igual modo en nuestro tiempo el permanente proceso de renovación tecnológica introduce los cambios más importantes en las relaciones sociales.

La mayor parte de la producción sociológica dominante se ha empeñado en el esfuerzo de mantener el orden establecido con el fin de dotar de estabilidad al actual modelo social, reproduciendo esquemas de análisis y prácticas sociales en un empeño demencial por negar el devenir histórico y la diversidad del subjetivismo en las formas de concebir el mundo. Y éste es uno de los principales problemas de la sociología contemporánea. Ésta, en lugar de ser una tierra fértil para el entendimiento comunicativo entre todos los sujetos sociales sobre su propia realidad, a partir de un esfuerzo de superación de los anteriores paradigmas, se ha convertido en un terreno hipereplotado de producción científica para justificar y reforzar prácticas económicas, políticas e ideológicas de las que aparentemente se desmarca, sentando así las bases de su desertización.

Ahora ante el riesgo de decadencia, y perdido el horizonte que inspiró su nacimiento, y a sus clásicos, (construir una nueva sociedad) la sociología se ve amenazada por la tentación de buscar su identidad, haciendo revivir su pasado mediante la búsqueda de su objeto de conocimiento particular, divorciándose de la estadística, de la economía, de la política o de la psicología, en definitiva, del resto de las ciencias de quienes se nutrió para conseguir uno de sus innegables logros que fue la fuente de su riqueza: la universalidad y pluralidad de sus planteamientos.

La sociología ha sido fecunda cuando se ha preocupado de analizar los problemas que motivan la acción de los agentes sociales y que estructuran sus formas de vida. Esta aportación de los científicos sociales no ha estado, ni está, suficientemente regada por un diálogo intelectual y social que facilite el contraste entre las diversas “ideologías científicas”, puesto que con frecuencia las múltiples corrientes y pensadores sociales han desarrollado dos tipos de “discurso científico”: un discurso apoyado en la ratificación y ligeras matizaciones complementarias que realizan los científicos sociales de la misma lí-

nea de pensamiento, y otro, descalificador de los otros discursos no afines al propio.⁴⁰

Ambos discursos científicos se caracterizan por su vocación excluyente de los demás, por su empeño en justificar el carácter aconfesional y no ideológico del propio, así como por los reincidentes hábitos de imposición práctica e instrumentalización interpretativa de los demás. En estos términos, se ha dado frecuentemente el proceso de contrastación de ideas en las ciencias sociales. Esta producción científica fundamentada en la incomunicabilidad es simple y llanamente una calcomanía de lo que ocurre en la realidad. Romper el muro de incomunicación entre los científicos sociales, y de éstos con la sociedad, ha de constituir uno de los afanes permanentes de la sociología en particular y de las ciencias sociales en general.

Orientaciones epistemológicas y metodológicas

Iniciar cualquier explicación sobre el método en ciencias sociales supone partir de la consideración del marco de referencia teórico o conceptual de los sujetos que interpretan la naturaleza de lo social: “resulta legítimo desde el punto de vista analítico distinguir entre el ‘concepto’ y el ‘método’ de una ciencia, siempre que no se olvide que ambos son aspectos de una y la misma cosa”.⁴¹

De esta consideración que compartimos con M. Beltrán, se deduciría directamente la existencia de una pluralidad de métodos ante la pluralidad de concepciones sobre la realidad social y sobre la sociología. Pero no necesitamos defender esta pluralidad con métodos deductivos, puesto que resulta evidente la existencia de muy diversas herramientas exploratorias de lo social en la práctica de la investigación sociológica. La discusión sobre esta pluralidad metodológica podría centrarse, en todo caso, en el alcance y percepción de la realidad que sugiere cada método.

⁴⁰ Sobre esta cuestión, resulta curioso destacar la abundante producción de un tipo de literatura sociológica pseudocientífica producida por autores dedicados a menesteres reproductivos y estériles, mediante técnicas de comadreo intelectual y lisonjeo mutuo, que, debido a la falta de interés de estas actividades, no voy a citar.

⁴¹ M. Beltrán, *Ciencia y Sociología*, Madrid, CIS, 1979, p. 21.

Pero esta vinculación intrínseca entre concepto y método, nos sugiere algo mucho más importante: la importancia de iniciar cualquier reflexión sobre el método a partir de la reflexión sobre el concepto. Efectivamente, la reflexión epistemológica va a ser el marco de referencia imprescindible para la comprensión del método.

Es necesario aclarar que cuando aludimos a los sujetos que interpretan la realidad desde diversas concepciones, no nos referimos solamente a sujetos individuales o grupales, ni a la comunidad científico-social acreditada, sino a sujetos sociales en su sentido más amplio, es decir, también a corporaciones de muy diverso signo (instituciones, agentes, élites, etc.) y por supuesto a agregados o categorías que comparten características comunes (estratos, clases, agregados, etcétera).

Estos sujetos sociales que definen la naturaleza del objeto social y los procedimientos para su estudio, no lo hacen de un modo aséptico, aconfesional, sino que la interpretan en función de claves diversas, relacionadas con sus intereses prácticos y con la intencionalidad y pretensión de conocimiento y validez que sus definiciones tratan de tener en y sobre el mundo social frente a las definiciones de los demás sujetos que la interpretan. Esta cuestión básica, según la teoría de la acción comunicativa de J. Habermas, aplicada a la lógica de las ciencias sociales, tiene su explicación en el carácter de los procesos de entendimiento:

Quien quiere entenderse tiene que suponer estándares comunes con ayuda de los cuales los implicados pueden decidir si hay consenso. Pero si la participación en la acción comunicativa significa que el uno ha de tomar postura frente a las pretensiones de validez del otro, el científico social, en la fase en que está recogiendo las experiencias comunicativas, no tiene la elección de entender la manifestación de su prójimo como un simple *factum* [...] ha de dejarse confrontar con la pretensión de validez con que intersubjetivamente se presenta una manifestación comunicativa, antes de poder objetivar ese síndrome de significado y validez.⁴²

⁴² J. Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, op. cit., p. 466.

Por tanto, cuando explicamos los paradigmas o los referentes epistemológicos, como punto de partida para comprender las diversas lecturas de lo social, así como las diferentes construcciones conceptuales para conocer y aprehender la misma, estamos presuponiendo una específica relación entre el sujeto interpretador y el objeto social interpretado.

Breve repaso de las perspectivas epistemológicas

Utilizando en esta ocasión la acepción etimológica del término, entendemos aquí por epistemología el estudio de los métodos de conocimiento, en este caso, de las ciencias sociales. Por ello, no es nuestra intención realizar una exposición extensiva de los fundamentos filosóficos y metodológicos de las distintas orientaciones que conforman la perspectiva sociológica en el análisis de la realidad (visión del objeto de estudio, método, posibilidades de contrastación, objetividad, etc.) sino tan solo constatar la existencia de diversas tradiciones que han ido generando una pluralidad de métodos de investigación social.⁴³

Hemos de tener en cuenta que el problema crucial en la investigación social es la relación entre objeto y sujeto, que tal y como han analizado multitud de autores, surge de la peculiar naturaleza de lo social: los sujetos son parte del objeto, y por tanto sus definiciones del mismo (representaciones, ideas, creencias, etc.) así como de los demás sujetos han de ser a su vez objeto de estudio⁴⁴. Las diferentes perspectivas hacen referencia a la actitud teórica y metodológica que el científico social ha de tener frente a la peculiar naturaleza de su particular objeto de estudio y a su posición de implicado.

Un aspecto central de las ciencias sociales es el estudio de lo social no solamente como realidad material, sino como realidad apa-

⁴³ Este trabajo ha sido muy bien realizado por diversos científicos sociales del mundo académico universitario e intelectual. Véase, por ejemplo la obra de J. E. Rodríguez Ibáñez., *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y métodos*, Madrid, Taurus, 1992.

⁴⁴ Sobre la importancia de las definiciones y representaciones en los procesos de construcción de la realidad existen importantes reflexiones de diversos autores pertenecientes a múltiples contextos culturales. Véase entre otros: N. Abercrombie, *Clase, Estructura y Conocimiento*, Barcelona, Península, 1982, N. Chomsky, *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986, M. Foucault, *Las palabras y la cosas*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985, D. Jodelet, "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en *Psicología social II*, S. Moscovici y otros, Barcelona, Paidós, 1986.

rente, puesto que lo social, como dimensión consustancial de lo humano viene construido también subjetivamente y por lo tanto frecuentemente se manifiesta a través de representaciones, que a su vez tienen capacidad de generar realidades objetivas nuevas. Así lo expresa M. Beltrán:

La cosa y su apariencia, ambas, producen efectos objetivos y externos independientemente una de otra: en este sentido ambas forman parte de la realidad social, una como lo oculto, lo enmascarado, y otra como lo aparente, la máscara. Ambas, pues, han de ser tomadas en consideración por una ciencia de la realidad social que merezca tal nombre.⁴⁵

Esta doble condición de lo social es la que da origen a muy diversas discusiones epistemológicas y es la base de la gran mayoría de los dilemas presentes en las ciencias sociales actualmente, sobre todo incentivada por la creciente tendencia social a construirse un modelo de sociedad asentado en la cultura de la imagen fundamentada en la tecnología audio-visual, con una transcendental capacidad de imaginar y producir un mundo social prefabricado moldeadora de la naturaleza de las cosas.⁴⁶

A partir de las distintas interpretaciones de la relación entre sujeto y objeto surgen las perspectivas epistemológicas para el análisis social que vamos a sintetizar y denominar, a efectos expositivos, en tres grandes líneas, según la clasificación que realizan muy diversos autores: explicativa, comprensiva y dialéctica.⁴⁷ Estas tres grandes líneas tienen su origen en la tradición de tres pensadores sociales (E. Durkheim, M. Weber y K. Marx), a partir de cuyos referentes se han desarrollado síntesis, diversificaciones y nuevas perspectivas.

La primera perspectiva, la explicativa (*erklären*) o empírico-analítica, surge de la tradición positivista de la ciencia y su máximo exponente clásico es E. Durkheim quien considera que la realidad es

⁴⁵ M. Beltrán, "La realidad social como realidad y apariencia", núm. 19, Madrid, REIS, 1982, p. 30.

⁴⁶ Para una comprensión de estos procesos, véase G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, Madrid, Castellone, 1982 y *Comentarios a la sociedad del espectáculo*, Anagrama, 1990. También J. Braudillard, *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 1980, *Cultura y Simulacro*, Barcelona, Kairós, 1984 y *La ilusión del fin*, Barcelona, Anagrama, 1992; así como la ya citada obra de G. Balandier, *Modernidad y Poder*.

⁴⁷ J. M. Maradones, *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*, op. cit.

algo objetivo, más allá de la interpretación particular que el sujeto haga de la misma y para su conocimiento resulta imprescindible eliminar cualquier posible manipulación de los hechos sociales: “es preciso descartar sistemáticamente las nociones previas [...], es preciso que el sociólogo se prohíba resueltamente el empleo de aquellos conceptos que se han formado fuera de la ciencia y para necesidades que no tienen nada de científicas”.⁴⁸

Los hechos sociales existen independientemente de los sujetos particulares. Se trata de eliminar las preconociones y distanciarse de los hechos sociales considerándolos como cosas, desarrollando un tipo de teorización e investigación empírica destinado a describir la naturaleza de los mismos y explicar las regularidades y leyes que rigen su funcionamiento, de ahí la importancia que confiere esta perspectiva a la metodología de tipo cuantitativo y especulativo fundamentada en el método hipotético-deductivo.

La segunda, denominada comprensiva (*verstehen*) o hermeneútica, arranca del pensamiento de M. Weber, quien concibe la relación entre sujeto y objeto como resultado de los procesos de interacción entre sujetos que se orienta en base a los significados que éstos dan a los mismos. Por tanto, son los sujetos quienes construyen la realidad con base en definiciones de la misma en los correspondientes sistemas de interacción social, a partir de los cuales, mediante procesos de formalización e institucionalización ésta se va objetivando. Desde dicha perspectiva, M. Weber, define a la sociología como “una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”.⁴⁹

El núcleo substancial de esta perspectiva gira en torno al concepto de acción social, que supone una conducta humana mutua, referida al sentido y significación que ésta tiene para los otros y para el propio sujeto. Esta acción social puede ser racional con arreglo a fines o valores, afectiva o tradicional, y el objeto será comprenderla para explicarla causalmente en su desarrollo y efectos, lo que requiere una metodología cualitativa y etnometodológica con capacidad de aprehender la diversidad, inspirada en el método inductivo-axiomático.

⁴⁸ E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Morata, 1974, p. 56.

⁴⁹ M. Weber, *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 5.

Por último, la perspectiva dialéctica, inspirada en el pensamiento de K. Marx considera la doble condición del sujeto. Éste se objetiva cuando produce lo social y a la vez el objeto social es producto de la acción del sujeto sobre la misma, por tanto, el sujeto es productor y producto de lo social, de donde proviene la necesidad de un entendimiento dialéctico de la relación entre el sujeto histórico concreto y sus múltiples determinaciones sociales reales:

Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto por que es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación.⁵⁰

El devenir histórico es el resultado de procesos de internalización del objeto por el sujeto y externalización del sujeto para producir el objeto. La perspectiva dialéctica se caracteriza por un mayor eclecticismo metodológico, utilizando una mayor diversidad de métodos para su análisis de la realidad social, destacando la gran importancia que ha adquirido la utilización de los métodos histórico y comparativo.

A partir de estas visiones surgen las diversas construcciones interpretativas que otorgan un significado distinto al objeto, tanto en la consideración con respecto a cuáles son los determinantes básicos que condicionan o limitan la vida social, como en la definición de las estructuras o formas de organización y los contenidos culturales de las mismas. Además, cada una de ellas utiliza métodos específicos para analizar la realidad social y poder así sistematizar la visión y producción de la misma.

No obstante, resulta de trascendental importancia aclarar que la diferenciación entre estas tres perspectivas epistemológicas, en la práctica, no resulta tan clara, puesto que todas comparten aspectos comunes que son los que hacen de la sociología una única ciencia.

⁵⁰ K. Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Córdoba, CPP, 1868, p. 21.

Así por ejemplo, todas ellas aceptan la necesidad de neutralizar elementos valorativos, reivindican la necesidad de establecer procedimientos metodológicos y racionales que garanticen la posibilidad de contrastación empírica de las leyes y conclusiones extraídas de la investigación, así como aceptan la importancia del método histórico y comparativo en cualquier proceso de exploración sociológica.

Los métodos de investigación social

De las consideraciones hechas hasta el momento, resulta evidente que no existe una visión única de la realidad social. Los diversos sujetos que interactúan la reconstruyen con el fin de modificarla. Por tanto, esta reordenación de la misma, fundamentada en la delimitación de problemas, factores, variables e indicadores para su lectura varía de manera significativa, tal y como hemos indicado, en función de la posición social e intención de intervención de los sujetos que la interpretan. Así lo expresa J. J. Linz, cuando dice:

 Pero la sociología es más, es una disciplina humanística en la que entran en juego los valores, las convicciones y las preocupaciones que tenemos como miembros de la sociedad, tanto en la elección de los problemas que creemos dignos de estudio como en los fines para los que queremos saber.⁵¹

La realidad social es infinita en sus relaciones y manifestaciones, por tanto, tampoco es correcta una reducción unidimensional de la misma (unifactorial, unicausal,...). Es posible una interpretación unidimensional cuando se pretende un tipo de intervención sobre la misma para moldearla en un solo sentido,⁵² pero lógicamente este procedimiento se aleja de la voluntad de comprensión de la diversidad de lo social. Supone contribuir al proceso de vaciamiento de lo social.

⁵¹ J. J. Linz, "La sociología y la comunicación", en *Propuestas culturales para la juventud*, Madrid, Fundación Universidad-Empresa, 1985.

⁵² Sobre el proceso de unidimensionalización de lo humano y lo social, véase la obra de H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 1984.

El proceso de construcción (producción, reproducción, legitimación y representación) de la realidad social ha de ser, desde un punto de vista metodológico, un proceso de sistematización múltiple que va de la decodificación a la recodificación de los fenómenos o situaciones en las que los diversos sujetos sociales interactúan.

El proceso de investigación en las ciencias sociales no consiste en la definición de realidades al margen de la acción práctica de los agentes que interactúan y la interpretan. Muy al contrario, tanto los científicos sociales como los actores que investigan (económicos, políticos, sindicales, etc.) lo hacen con la pretensión de actuar sobre ella, a partir de su conocimiento. De este modo, la investigación sociológica, a diferencia de la sociología teórica de corte especulativo, es normalmente investigación-acción, puesto que los sujetos necesitan comprender la realidad para orientar su acción, y esto es lo que motiva el que hacer sociológico.

Estos actores que interpretan la realidad, lo hacen desde un marco teórico-práctico. Pero este marco de referencia, tal y como he explicado anteriormente, no es neutral u objetivo, sino que parte de diversos condicionantes relacionados con la posición y/o definición situacional de los sujetos, con su perspectiva epistemológica o los intereses y objetivos prácticos que motivan la investigación, a menudo no definidos por el científico social, sino por otros protagonistas.

Estas circunstancias son puntos de partida definitivos a la hora de situar el proceso de comprensión y producción de la realidad social desde un punto de vista metodológico. Tal es así que tanto la elección del objeto de estudio (definición de problemas y contextualización espacio-temporal de los mismos) como todo el proceso de operacionalización y la elección de los métodos y técnicas de investigación responde fundamentalmente a estos marcos conceptuales e interpretativos.

De este modo, actores o científicos sociales pueden definir un objeto de estudio y un diagnóstico de la realidad diametralmente opuesto sobre un mismo tema de interés social, en función de estos múltiples puntos de partida. Tal y como lo expresa R. Reyes:

[...] existe determinación ideológica por lo que al contexto lógico-conceptual se refiere, esto es: la visión de la realidad entorno y procesos de fijación de la misma —la ficción consen-

suada, por tanto útil, de realidad—, el conjunto de problemas a resolver y escala de valores en función de la que se establezca el objetivo deseado, así como el aparato metodológico y los criterios que legitimen el uso de unos procedimientos frente a otros alternativos.⁵³

Por lo tanto resulta imprescindible en la investigación sociológica discernir y hacer explícita, desde un principio, la intencionalidad de la acción del sujeto que interpreta la realidad, así como sus puntos de partida con el fin de garantizar la objetividad de la misma.

Además, hemos de tener muy en cuenta que el proceso de investigación no es solamente un proceso de explicación o comprensión, sino también de acción y producción, puesto que del análisis de la realidad se desprenden representaciones de la misma y propuestas o políticas de actuación que llevan a los sujetos a intervenir en ella.

Un problema clave, en relación con las perturbaciones que afectan al proceso de conocimiento científico de la realidad social, dentro del proceso de investigación-acción, es el de la fragmentación del sujeto total que comprende el conjunto de agentes que deciden investigar, que investigan y que actúan. En el transcurso de la investigación-acción, este sujeto total se encuentra fragmentado por la existencia de diversos agentes con intereses distintos e incluso en ocasiones contrapuestos (político, científico, profesional, población). Durante las distintas fases del proceso, predominan unos agentes sobre otros, sobre todo, cuando, como ocurre en la práctica totalidad de las investigaciones, éstas no son investigación-acción participativa.⁵⁴

A menudo, no son los científicos sociales quienes intervienen, quienes actúan en el mundo social, sino otros agentes que toman como referencia las definiciones sociales elaboradas por éstos. Pero ese comportamiento de los actores sociales es así mismo objeto de la investigación sociológica, y por tanto, es misión del científico so-

⁵³ R. Reyes, *Filosofía de las ciencias sociales*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1988, p. 147.

⁵⁴ Una publicación reciente para aproximarse a los principios básicos de la investigación-acción participativa expuestos por varios de sus principales defensores, es la publicada por Cáritas española, *Investigación-acción participativa*, en su *Revista de Estudios sociales y sociología aplicada*, núm. 92, Madrid, 1993.

cial el estudio y evaluación de los efectos que la acción de los agentes sociales tiene sobre la realidad como nos indica A. Schutz:

Las construcciones de las ciencias sociales son, pues, por así decir, construcciones de segundo grado, o sea, construcciones de las construcciones elaboradas por quienes actúan en la escena social, cuya conducta debe observar y explicar el especialista en ciencias sociales de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia.⁵⁵

Por tanto, el proceso de conocimiento y producción de la realidad social es un proceso de sistematización que abarca diversos momentos: en primer lugar, parte de un marco teórico-práctico para la elección del objeto de estudio a partir de cuya formulación se establecen los objetivos de la acción; en segundo término, se desarrolla el proceso de operacionalización conceptual que explicita el particular diagnóstico teórico de la realidad; en tercer lugar, el diseño metodológico se establece mediante conceptos medibles y técnicas empíricas para conocer la realidad; y por último, de las definiciones elaboradas (descriptivas, explicativas o comprensivas) se dilucidan (producen, ejecutan, evalúan) las acciones de los actores sociales, ampliando (completando, contrastando, refutando) los marcos teórico-prácticos de partida.

El proceso de investigación científica es pues un proceso de retroalimentación en el cual los científicos parten de las teorías anteriormente elaboradas desde las experiencias de los actores sobre las que se ha explorado con diferentes métodos, tomándose las anteriores teorías como referentes, no necesariamente para aceptarlas o completarlas, sino también para refutarlas y criticarlas. La ciencia, nos indica F. Kaufmann, “no es una creación absoluta de saber partiendo de la nada, sino incremento, transformación y esclarecimiento de un saber dado de antemano”.⁵⁶

Este proceso de investigación-acción es también un proceso dialéctico en el sentido siguiente: la investigación científica y la acción de los agentes hace que la realidad social esté en un permanente pro-

⁵⁵ A. Schutz, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, p. 80.

⁵⁶ F. Kaufmann, *Metodología de las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 17.

ceso de transformación sin posibilidad de retorno, donde se generan nuevas estructuras (objetivación, formalización) y nuevas situaciones de anomalía y desorden (conflicto, contradicción, deconstrucción).

La lógica del descubrimiento científico en las ciencias sociales supone tanto la búsqueda de regularidades, como la comprensión de la diversidad y variedad de fenómenos existentes en la sociedad. Pero además, ningún proceso social es atemporal, ni se encuentra desvinculado sin guardar ninguna relación con los demás fenómenos que acontecen en otros lugares.

Por ello, el procedimiento exploratorio de la realidad social supone la utilización diversa de gran variedad de métodos: cuantitativo, cualitativo, histórico, comparativo o crítico-racional. Todos estos métodos, como apunta M. Beltrán, son “vías de acceso a la realidad social” y están dotados de una diversidad de técnicas de investigación para poder operacionalizar el estudio de los acontecimientos sociales. Son la expresión de un necesario pluralismo metodológico que se corresponde al pluralismo cognitivo proveniente de la “peculiaridad epistemológica del objeto”.⁵⁷

El uso de los métodos y técnicas de investigación correspondientes ha de hacerse desde el punto de vista de los objetivos que persigue la investigación, así como de la adecuación del tipo de realidades a las herramientas necesarias para su estudio, pudiéndose utilizar los diversos métodos y técnicas de muy diversas formas.

Así, por ejemplo, para un mismo objeto de estudio se pueden utilizar varios métodos (cuantitativo, cualitativo) lo que nos permite describir sus regularidades y comprender su diversidad. De igual modo diversos objetos de estudio pueden ser investigados con un método específico (comparativo, histórico) con el fin de establecer relaciones entre procesos particulares.

En esto consiste la pluralidad metodológica, en la utilización de la diversidad de métodos particulares y comunes a las ciencias sociales y humanas en función de su capacidad de descubrir la infinitud de relaciones, procesos y dimensiones que conforman lo social.

La objetividad en el análisis sociológico es una aspiración de todo sujeto que investiga, puesto que independientemente de cual se la

⁵⁷ Véase M. Beltrán, “Cinco vías de acceso a la realidad social”, en *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza Universidad, 1989, pp. 17 y ss.

intencionalidad de su acción (producir, mantener, reproducir, destruir, reformar, transformar), ésta ha de ir precedida de un conocimiento veraz y fiable de la misma con el fin de que sus estrategias de acción no partan de supuestos contraproducentes para la misma.

Esta objetividad, la confiere además del distanciamiento del investigador con respecto a la misma, la aplicación rigurosa de los supuestos técnicos que establecen los diversos métodos de investigación, y sobre todo, la publicación y transparencia tanto de los presupuestos de partida de la investigación, como del procedimiento seguido y los resultados obtenidos en la misma que de pie a un proceso de contrastación y discusión para su objetivación. Tal y como indica A. Giddens, “la objetividad no depende única, ni siquiera fundamentalmente, de la perspectiva de los investigadores concretos. Tiene que ver con métodos de observación y discusión. Aquí el carácter público de la disciplina tiene una importancia esencial”.⁵⁸

El talante del científico social: implicaciones en la enseñanza universitaria

El proceso de desarrollo de la sociología como ciencia hubiera sido, y es impensable sin el talante indagatorio de los científicos sociales. Este talante consiste en recapacitar no solamente sobre los fenómenos sociales que aparecen, sino sobre todo, en aquellas cuestiones que no han sido descifradas, sobre las que no se ha pensado en relación con la vida social, sobre los acontecimientos potencialmente percibibles e interpretables aunque ocultos tras definiciones y estrategias que los invisibilizan y que muy frecuentemente nos dan las claves para interpretar la sintomatología manifiesta y poder predecir los acontecimientos futuros. En esto consiste precisamente la exploración sociológica, en transformar, tal y como apunta J. Ibáñez, “el requerimiento explícito en demanda implícita”.⁵⁹

Por tanto, el descubrimiento surge de un impulso, de una intuición, de un compromiso intelectual con la realidad, y sobre todo, de

⁵⁸ A. Giddens, *Sociología*, op. cit., p. 56.

⁵⁹ J. Ibáñez, “Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural”, en *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, op. cit., p. 32. Para conocer la visión del autor sobre la exploración e investigación social, véase *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

la necesidad de revelar, de desabrigar las claves fundamentales que nos muestren la realidad social al desnudo. Se puede mostrar desacuerdo con determinados planteamientos de M. Weber, K. Marx, A. Tocqueville o con cualquier otro pensador social, pero nadie razonable cuestiona que todos ellos han aportado importantes claves para interpretar la realidad social en la que vivimos, e inspirar sus modelos de organización.

Si por crítica entendemos este esfuerzo indagatorio de desvelamiento de lo social a partir de un determinado lenguaje científico, podemos afirmar que la sociología es siempre crítica, y el papel del sociólogo en la sociedad ha de ser por tanto crítico. Esto no quiere decir que conocer sea sinónimo de juzgar. Muy al contrario, las diferentes disciplinas de las ciencias sociales se fundamentan en un tipo de racionalidad y de conceptos científicos que establecemos con el fin de que las ideas sociológicas sean fruto de un proceso de contrastación empírica y eviten lo que los diversos autores han venido llamando prenociones, juicios de valor y demás elementos que distorsionan las reglas metodológicas básicas de la investigación social establecidas por cada perspectiva epistemológica destinadas a producir conocimientos científicos en las ciencias sociales.

La sociología es crítica, además, por que se hace sistematizadora y portadora de saberes no necesariamente designados por los poderes instituidos, y que a veces los incomodan, y se elevan al rango de saberes científicos, encontrándose frecuentemente con la oposición de las opiniones sociológicas instauradas: “El impulso crítico, viene indefectiblemente unido a la resistencia contra toda rígida conformidad respecto de la opinión dominante”.⁶⁰ Esto ha ocurrido permanente a lo largo de la historia de la ciencia y especialmente de las ciencias sociales, en las cuales, muchos de los grandes pensadores, en un primer momento, han sido descalificados por ser considerados sus planteamientos y perspectivas de análisis como subversivas y carentes de fundamento.

La crítica en la teoría social es una de las bases para garantizar la objetividad, puesto que supone la puesta en cuestión y distanciamiento sistemático del objeto constituido, de las definiciones que lo

⁶⁰ Th. W. Adorno, “Sobre la lógica de las ciencias sociales”, en *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973, p. 127.

hacen aparecer, de las prácticas e intenciones de los agentes sociales que interactúan y de los propios sujetos que interpretamos la realidad social. Así lo expresan con exquisita precisión T.W. Adorno y M. Horkheimer:

Pero si la teoría, con todo, no quiere recaer en un dogmatismo, tiene que convertir los conceptos que, por decirlo así, traía desde fuera, en los que la cosa tenga por sí misma, en lo que quiera ser por sí, y confrontarlo con lo que es; tiene que disolver la rigidez del objetivo fijado aquí y ahora en un campo de tensiones de lo posible y lo real. En otras palabras, la teoría es ineludiblemente crítica.⁶¹

Si algo puede definir la naturaleza de lo social, y de lo humano en general, es el carácter contradictorio e irracional de la gran mayoría de sus acciones y reacciones, por tanto, resulta del todo estéril que el científico social formule teorías de lo social que se dediquen a imponer una lógica y racionalidad con base en unos lenguajes particulares estáticos y preestablecidos o valorativos producidos para encorsetar la realidad, tratando de convertir en análogos los procesos antagónicos o en racionales los irracionales.

De lo que se trata, o más exactamente, a lo que aspiramos los científicos sociales, como bien expresó M. Weber, es a desarrollar un tipo de racionalidad científica donde los conceptos estén al servicio de la realidad, buscando e inventando los términos necesarios para expresar, a partir de una comprensión múltiple y pluridisciplinar, las ilimitadas e inagotables acciones y procesos que conforman lo social: “La capacidad de diferenciar entre conocer y juzgar, y el cumplimiento, tanto del deber científico de ver la verdad de los hechos, como del práctico de adherir a los propios ideales, he ahí aquello con lo cual queremos familiarizarnos cada vez más”.⁶²

Pero esta visión frecuentemente no deja de ser una declaración de intenciones a la luz de las coordenadas reales en las que se desenvuelven las ciencias sociales. Resulta imprescindible tener en cuenta que la producción científica y las diversas interpretaciones

⁶¹ Th. W. Adorno y M. Horkheimer, *Sociología*, Madrid, Taurus, 1989, p. 214.

⁶² M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, p. 47.

teóricas de lo social la realizan científicos sociales, por ello, una de las garantías básicas de objetividad ha de ser, explicitar siempre sus particulares puntos de partida y la finalidad de su empeño definidor y productor de realidad social, es decir, “el sentido de su acción”, puesto que, tal y como manifiesta J. Habermas, refiriéndose al objetivismo de las ciencias sociales “el científico social, comparte con las personas que estudia, el saber preteórico de un adulto socializado y su status de miembro de un mundo de la vida”.⁶³

Esta es la principal garantía de ajuste entre las teorías y la realidad social. El error es hacerlo al revés, es decir, producir conocimiento científico para moldear la realidad en función de los arquetipos fabricados, esfuerzo en el que han estado empeñada históricamente la ciencia, y que ha supuesto la conformación de una realidad a la medida de las teorías científicas necesarias para la reproducción de los universos de vida impuestos por poderes e ideologías dominantes.

Explicitar los postulados éticos y estéticos de partida (valores, intenciones, móviles de la acción, objetivos instrumentales, tecnología del procedimiento, etc.) resulta imprescindible para no pignorar las ciencias sociales y su enseñanza universitaria de intereses contrarios a la búsqueda de los diversos tipos de objetividad científica:

[...] no hay que temer estimular, contra una representación ingenua de la neutralidad ética como benevolencia universal, el prejuicio de atacar todas las ideas recibidas de la moda y hacer de la rebelión contra el signo de los tiempos una norma para la dirección del espíritu sociológico.⁶⁴

Esta cuestión tiene muy importantes consecuencias en el ámbito de la formación sociológica como muy bien expresa A.W. Gouldner, en su crítica, desde una sociología reflexiva, a determinados planteamientos weberianos:

⁶³ J. Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 458.

⁶⁴ P. Bourdieu, J. C. Chamboredon y J. C. Passeron, *El oficio de sociólogo*, Madrid, 1976, p. 106.

Antes de Hiroshima, también los físicos nos hablaban de una ciencia libre de valores; también ellos prometían no formular juicios de valor. En la actualidad, muchos de ellos ya no se sienten tan seguros. Si hoy nos preocupamos exclusivamente por la habilidad técnica de nuestros estudiantes y rechazamos toda responsabilidad por su sentido moral o su falta de él, quizás algún día nos veamos obligados a cargar con la responsabilidad de haber educado una generación dispuesta a servir en un futuro Auschwitz. Admitimos que la ciencia tiene potencialidades constructivas y destructivas, pero de esto no se deduce que debamos estimular a los estudiantes a olvidar la diferencia. Tampoco nos exime en modo alguno de respetar las normas indispensables de la objetividad científica; solamente cabe señalar que dichas normas difieren radicalmente de la indiferencia ética.⁶⁵

En definitiva, la ciencia social, en la práctica, ha nacido y crecido al servicio de valores e ideologías y la preocupación por parte de los teóricos sociales y profesionales de las ciencias sociales ha sido como patentar nuestras particulares visiones y métodos con la etiqueta de objetivos y “exentos de valores” frente a las otras teorías y sobre todo frente al resto de la sociedad.

Es precisamente cuando los científicos sociales no hacen explícitas las “consecuencias no intencionadas de su acción” o la intencionalidad oculta o encubierta de la misma, cuando se hace necesaria una sociología de la sociología (sociología reflexiva) o una sociología de las profesiones aplicada a los científicos sociales. Y ciertamente como esto no se hace, por muy diversos motivos, sobre todo de tipo práctico y motivacional, es imprescindible identificar a los defensores:

Pero nuestras circunstancias nos obligan a examinarnos. Necesitamos ahora una “sociología de la sociología”, una sociología que pueda profundizar la conciencia del sociólogo de

⁶⁵ A. W. Gouldner, *La sociología actual: renovación y crítica*, Madrid, Alianza Universidad, 1979, p. 35.

quién y qué es, como miembro de una sociedad específica en un tiempo determinado, y de cómo sus roles sociales y su vida personal afectan a su labor profesional.⁶⁶

Resulta de trascendental importancia hacer explícita la pretensión de los científicos que tratan de definir la naturaleza de lo social, el origen del orden social y el objeto de las ciencias sociales, puesto que la definición de la realidad social como hechos, acciones, representaciones, situaciones o cualquier otra categoría analítica surge de la reconstrucción o reinterpretación de la realidad que los propios agentes sociales antes codificaron y produjeron; los cuales a su vez, se valieron del saber científico heredado, utilizándolo a menudo como instrumento de acción social orientado a incidir en la realidad con intenciones y efectos a veces coincidentes o, en muchas ocasiones, bien distintos a los formulados por los teóricos sociales.

Por lo tanto, el científico social ha de conocer la historia social y la historia de la teoría sociológica para aportar una visión completa acerca de la relación entre la interpretación de la realidad de los agentes y de la ciencia, así como su mutua interdependencia, las prácticas y lecturas confluyentes y divergentes de la misma.

Para conseguir que se materialice este talante del sociólogo, fundamentado en la crítica social y la autorreflexibilidad dialogal han de cambiarse muchas cosas tanto en la sociedad, como en la universidad que es en la actualidad, un reflejo de la misma. El utilitarismo creciente que predomina en la sociedad se transporta directamente a la universidad. En ella, la actividad científica no se caracteriza principalmente por ser una actividad racional fundamentada en el distanciamiento metodológico de la sociedad y en la implicación práctica en la misma a fin de comprenderla mejor, funcionando como una comunidad científica que crea teoría para entender, e investigación para recrear críticamente la dinámica social.

En la universidad predomina un tipo de actividad científica que se orienta a la producción de profesionales, de conocimientos técnicos y de información destinada a venderse en el mercado en función de las demandas de instituciones públicas o privadas, cuando no se convierte, como ocurre en la actualidad, en un lugar de aparcamien-

⁶⁶ *Ibid.*, p. 80.

to de la juventud, mediante el alargamiento del proceso educativo, ante la saturación laboral del mercado.

Estas tendencias, impiden desarrollar la actividad de teorización e investigación racional y comunicativa propia de la ciencia. En este particular aspecto es muy acertado el análisis de A.W. Gouldner:

El problema central de la universidad es su fracaso como comunidad en la que sea posible el discurso racional sobre los mundos sociales. Esto se debe en parte a que el discurso racional dejó de ser su valor dominante y fue reemplazado por la búsqueda de productos de conocimiento y productos de información que pudieran ser vendidos o que permitieran obtener financiación, prestigio y poder, recompensas otorgadas por el Estado y la sociedad, que propende a obstruir el discurso racional sobre ella misma.⁶⁷

En este sentido, nos alerta también L. Rodríguez Zúñiga, cuando analiza la orientación y contenido de la sociología del presente siglo, y se refiere a la capacidad que los procesos de institucionalización de la misma tienen a la hora de condicionar sus contenidos, del peligro de llevar al extremo esta crítica al tipo de actividad científica que se da en la universidad: “no es infrecuente encontrar la desmesurada conclusión, según la cual, en el siglo XX, la sociología se ha convertido en la fuente suministradora de fórmulas de legitimación del sistema social y poderes establecidos”.⁶⁸ Si bien, esta es la tendencia dominante en lo que a la proliferación cuantitativa de investigaciones sociológicas se refiere, no es ni mucho menos la que marcará en un futuro el desarrollo teórico del pensamiento sociológico, que como hemos explicado a lo largo de estas líneas depende de factores históricos e intelectuales bien distintos.

Por ello, considero que la universidad, ha de ser, sobre todo, un espacio liberado para la actividad intelectual y el intercambio científico de los saberes presentes en la sociedad. Por ello, coincido con

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 82-83.

⁶⁸ L. Rodríguez Zúñiga, “El desarrollo de la teoría sociológica”, en *Tratado de Sociología I*, *op. cit.*, p. 49.

la matización que A.W. Gouldner, hace a lo que representa una preocupación compartida por la comunidad científica universitaria, contraria a que ésta sea únicamente una “fabrica de profesionales”:

En mi opinión, la universidad proporciona un espacio parcialmente despejado pero enormemente amenazado en el cual puedan crecer tales comunidades dedicadas a la elaboración de la teoría. La capacidad de esas colectividades teóricas para llegar más allá de la universidad, pero manteniendo un asiento en ella, es más que un modo de expresar su importancia para los problemas del mundo; es también, probablemente, un requisito para el mantenimiento del discurso racional en la teoría social.⁶⁹

Ciertamente, un problema central de nuestra profesión es definir su espacio propio, puesto que no está tal claramente delimitado como en otras disciplinas, y en este sentido, la universidad ha de tener claro, en los contenidos formativos cuáles son éstas, sobre todo, en una coyuntura, como la que atraviesan las universidades vascas y españolas, donde muchos docentes, nos daríamos con un canto en los dientes si realmente la universidad fuera una verdadera fábrica de profesionales y no un lugar de aparcamiento temporal de la juventud y una fábrica de desempleados debido entre otros factores a las contradicciones entre las necesidades del mercado de trabajo y la oferta de técnicos superiores, a la inadecuación de los contenidos formativos con respecto a las demandas laborales, entre otras cuestiones.

No obstante, la universidad además de fábrica de profesionales, habría de ser un lugar de intercambio intelectual, y para ello, ha de potenciarse una política educativa en particular y cultural en general, tendente a una formación diversificada que ofrezca posibilidades múltiples a las personas que estudian sociología, donde sea posible adquirir además de conocimientos técnicos básicos, una capacidad de ejercicio intelectual que les convierta en protagonistas de los cambios que se operan en la sociedad.

⁶⁹ A. W. Gouldner, *La sociología actual: renovación y crítica*, op. cit., p. 83.

Este es uno de los retos actuales de la universidad, donde tenemos pendiente abrir en todos los frentes un debate sobre su futuro, que es en definitiva, abrir un debate sobre los factores que imposibilitan la materialización de su función social manifiestamente central: la formación de intelectuales, profesionales e investigadores sobre y para la sociedad.

Así por ejemplo, una de las preocupaciones centrales de quienes trabajamos en la universidad impartiendo también formación en segundo y tercer ciclo, es el futuro de la gran mayoría de las personas que finalizan sus estudios sin ninguna perspectiva ni expectativa de inserción laboral, lo cual ha de ser una permanente invitación a abrir nuevos campos de trabajo, propuestas de investigación, ámbitos de especialización donde tengan cabida, sobre todo, quienes desarrollan o han completado sus estudios.

Nuevos retos para la sociología: relación entre teoría y práctica

La sociología, tanto teórica como empírica, es una ciencia eminentemente práctica, por lo cual, podemos definirla desde un punto de vista experimental más que nominal por el tipo de problemas que aborda, así como a través de las diversas perspectivas desde las que se acerca a ellos. Así lo expresa con claridad G. Rocher, cuando en la conclusión de su manual, uno de los más utilizados en los programas universitarios de sociología general, concluye diciendo que: “En los quince capítulos precedentes no hemos definido la sociología, sino que hemos intentado decir lo que es a partir de lo que hace”.⁷⁰

No existe una sociología estrictamente especulativa y otra aplicada, al igual que no podemos diferenciar entre una sociología teórica y otra empírica por que lógicamente ambas dimensiones son momentos distintos, indisolubles e imprescindibles dentro del proceso de investigación social.

Del mismo modo, no podemos separar la investigación de la práctica social. Siendo momentos también específicos del proceso de

⁷⁰ G. Rocher, *Introducción a la sociología general*, Barcelona, Herder, 1990, p. 659.

conocimiento de la realidad, ambos son necesarios como referentes principales para el conjunto de sujetos que la interpretan y producen.

El desarrollo teórico y conceptual que da origen a las ciencias sociales obtiene su cristalización y capacidad de incidir en la realidad en la sociología aplicada, es decir, en el conjunto de técnicas de exploración y mecanismos de actuación que se implementan a partir de las formas de sistematización y recogida de información con fines prácticos.

Los resultados de las políticas y programas que se aplican, reformulan permanentemente, mediante procesos de evaluación y retroalimentación, nuevas preguntas y retos por resolver, dando origen a nuevos desarrollos teórico-prácticos, que en toda disciplina científica contribuyen a otorgar mayor capacidad explicativa y de actuación, siempre en las direcciones apuntadas por sus principales coordenadas de investigación.

Lo social se lee siempre en términos de proceso, y por tanto, es imposible comprender cualquier realidad sin tener en cuenta la dimensión histórica o temporal. Por tanto, el análisis histórico para el estudio de los fenómenos sociales es fundamental para su comprensión global.

El reto principal de las ciencias sociales es abordar determinados aspectos que actualmente conforman la realidad social y de los que se encuentra alejada desde los lugares donde se desarrolla (universidad, investigación, administración, etc.). Estos aspectos hacen referencia a las nuevas realidades sociales que emergen en el seno de un mundo en proceso de desarrollo exponencial, donde multitud de relaciones, situaciones o acciones se encuentran sometidas a fuertes alteraciones que suponen su desaparición, complejización, transformación o perpetuación.

Las ciencias sociales, no están preparadas ni conceptual, ni metodológicamente para abordar estos nuevos fenómenos que desbordan la actividad concreta de los científicos sociales, muchas veces inmersos en sus ámbitos clásicos de conocimiento donde realizamos una tarea más de formalización endocientífica que de imaginación sociológica e intercambio comunicativo práctico destinada a ampliar la capacidad de explicación y comprensión de estas nuevas realidades.

En este particular asunto coincidimos plenamente con C.W. Mills, cuando considera que:

[...] es mucho mejor la información de un estudioso activo acerca de cómo procede en su trabajo que una docena de “codificaciones de procedimiento” hechas por especialistas que quizá no han realizado ningún trabajo de importancia. Únicamente mediante conversaciones en que pensadores experimentados intercambien información acerca de su manera real de trabajar puede comunicarse al estudiante novel un concepto útil de método y de teoría.⁷¹

Así, en nuestro contexto cultural, existen áreas del saber sociológico, tanto específicas como generales, con importantes necesidades de avance y que se encuentran escasamente impulsadas; sobre todo, desde la perspectiva de la adecuación del desarrollo teórico-interpretativo y empírico a la evolución y cambios crecientes que se experimentan en la naturaleza de los fenómenos sociales.

La sociología del conflicto, del control, de las relaciones internacionales, jurídica, del delito, polemiología, del género, de la familia, o de la comunicación y la producción cultural, son algunos de los campos donde las nuevas transformaciones requieren un concienzudo y apasionante trabajo de análisis social, para lo cual es necesario realizar —tal y como apunta J. E. Rodríguez Ibáñez— un “constante replanteamiento de sus datos y sus métodos”.⁷²

Para el desarrollo de la ciencia, y especialmente de las ciencias sociales resulta fundamental la presencia de revoluciones tanto en el ámbito del saber como de la sociedad.⁷³ La ciencia es un producto de los procesos de transformación social que se operan a lo largo de la historia. Las revoluciones científicas y tecnológicas son expresión de la capacidad que las culturas tienen que producir nuevas

⁷¹ C. W. Mills, *La imaginación sociológica*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 206.

⁷² J. E. Rodríguez Ibáñez, *La perspectiva sociológica*, *op. cit.*, p. 21.

⁷³ Un análisis presente actualmente en la discusión sobre la naturaleza de la ciencia que plantea la necesidad de las revoluciones científicas es el realizado por S. Kunh; véase, “Naturaleza y necesidad de las revoluciones científicas”, en *La estructura de las Revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 149 y ss.

perspectivas interpretativas de la realidad que recrean la capacidad de explicar y comprender nuevos fenómenos sociales.

La aceleración permanente de los acontecimientos sociales que caracterizan a nuestro tiempo, es el reto más importante con que se encuentran las ciencias sociales, hasta tal punto, que a veces la sociología se encuentra desprovista, desde un punto de vista teórico e investigativo, de claves de interpretación de los nuevos fenómenos que suceden y que responden a emergentes relaciones no exploradas, condenando a la sociología a una permanente crisis de sus anteriores modelos explicativos y a la necesidad de una reactualización, y por tanto, revolución científica permanente.

Por ello, y sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, se hace cada vez más necesario el hincapié en categorías estructurales no consensuales o consensuadas para su análisis, como son los diversos tipos de conflicto social, los procesos de producción, reproducción y los efectos sociales del permanente proceso de desarrollo tecnológico y de los desequilibrios económicos, el estudio de las formas de transgresión y desorden sociales en proceso de generalización con respecto a los modelos referenciales de orden, o las nuevas formas de desigualdad, por citar algunas de las claves interpretativas que han de aportar, desde las ciencias sociales nuevas perspectivas de análisis y conceptos explicativos.

Estas nuevas claves estructurales han de orientar los futuros modelos de organización, en el marco de las transformaciones sociales que se vienen operando, ante la necesidad histórica de estructurar las relaciones sociales mediante nuevas formas de armonía y consenso, necesidad que dio origen a la sociología y ha marcado la naturaleza de su propio desarrollo. Y esta es, además, la inquietud que, primero, ha de guiar el que hacer de quienes nos dedicamos a la docencia, y después, hemos de transmitir tanto a quienes estudian, como a los profesionales que trabajan en el ámbito de nuestra disciplina en particular y del resto de las ciencias en general, no sólo de las sociales y humanas.

Recibido el 7 de mayo de 2002
Aceptado el 29 de mayo de 2002